

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

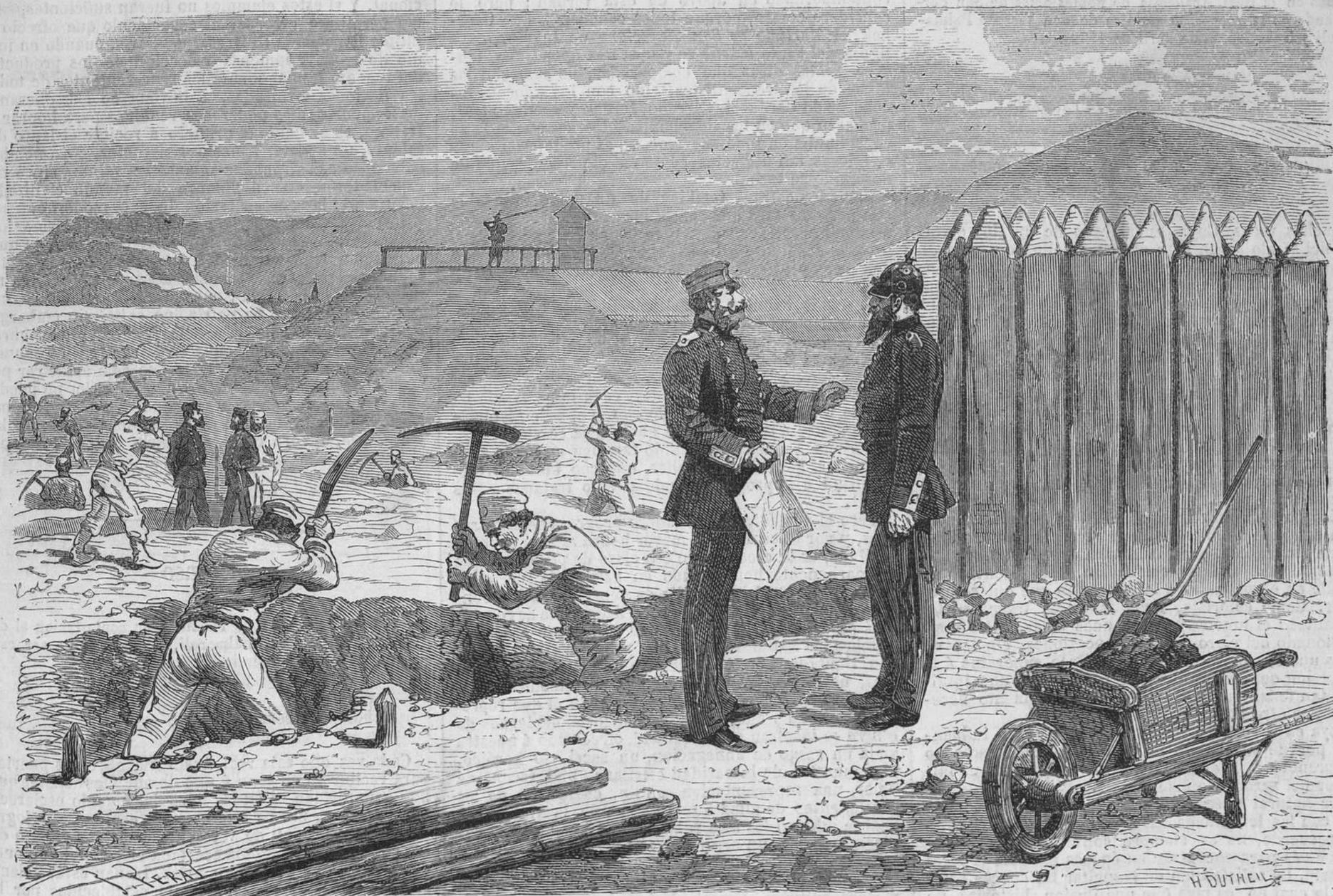
AÑO 31. — N° 4,009.

## SUMARIO.

Los prusianos en Belfort; grabados. — Academia española: Discursos leídos en la recepción pública de don Vicente Palmaroli. — El Foro romano; grabado. —

Revista de París. — Poesía. — El palacio del Eliseo; grabados. — Exposición de los dibujos y cuadros de M. E. Bertin en la Escuela de Bellas Artes de París; grabado. — La cueva de Benidoleig, novela original histórica. — El Rosario de Haydn ó el canto del cisne. — Es-

queleto de troglodita encontrado cerca de Menton; grabados. — Actualidades parisienses, por Bertall; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Samuel Morse; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



BELFORT. — Obras de fortificaciones ejecutadas por los prusianos.

### Los prusianos en Belfort.

Recibimos de Belfort varios dibujos relativos á la ocupacion prusiana, con varias noticias explicativas que á continuacion extractamos :

En Belfort existe una guarnicion de 6,000 hombres, infanteria, caballeria é ingenieros. El régimen á que se hallan sometidos, y sobre todo la severidad de la disciplina exaspera á muchos y se señalan bastantes defecciones. Se han visto cuerpos de guardia enteros huir á Suiza con el sargento á la cabeza; y se dice que esto no es de extrañar, y que si no sucede en tiempo de guerra, es por el miedo que tienen los alemanes de ser fusilados.

Los ingenieros se ocupan activamente en aumentar y en renovar las fortificaciones de la plaza : los arrabales están ahora rodeados de trincheras y fuertecillos que encierran la ciudad en una línea completa de circunvalacion.

A decir verdad, los habitantes no tienen por qué quejarse de la conducta de la tropa, si bien es cierto tambien que los soldados no se mezclan con los habitantes, pues estos ni siquiera los miran, á pesar de sus esfuerzos para llamar la atencion, como revistas, músicas, maniobras, etc.

Los soldados prusianos se levantan á las cuatro de la madrugada, toman café y limpian sus armas hasta las ocho, á cuya hora salen al ejercicio hasta las doce : en seguida tienen el rancho y despues están consignados toda la tarde para la escuela interior. En suma, no les dan mas que un rato de libertad hasta las nueve, hora en que se toca la retirada.

La mayor parte de los oficiales tienen sus familias en Belfort. Sus esposas tratan de imitar las modas parisienses; pero lo hacen como se verá en los dibujos copiados con toda exactitud, con exclusion de toda intencion de caricatura. X.

### Academia española.

#### DISCURSOS

Leídos en la Real Academia de nobles artes de San Fernando en la recepcion pública de don Vicente Palmaroli y Gonzalez, (7 de abril de 1872).

#### DISCURSO DE DON VICENTE PALMAROLI.

(Continuacion. — Véase el número 1,008).

Muchas veces, Goya, enamorado de un tipo extraño, del efecto de un rayo de luz, de un contraste de color, de una figura elegante ó de un aire gracioso, improvisa una fantasía, sin más objeto que fijar aquella impresion pintoresca, en la que se revela siempre el sentimiento íntimo del artista escéptico y sombrío. Esta clase de obras (cuadros de brujas), aunque no sea posible darlas nunca una intencion determinada, dejan una impresion profunda en el espectador, semejante al despertar de una horrible pesadilla.

Pero no es este género el que da á Goya su principal valor, sino las composiciones en que retrata las costumbres de su tiempo, los sainetes y las tragedias de la sociedad en que vivía.

En todas sus obras, cualesquiera que sean sus proporciones, se ven la misma vida, el mismo interés dramático, la misma grandiosidad. Sus procedimientos eran extraños tambien : siendo gran dibujante, puramente naturalista, prescinde muchas veces, intencionalmente quizás, de la correccion, para acentuar un detalle en el que estriba la impresion que quiere producir. Como colorista, tiene fresca, transparencia, brillantez : el tono es caliente unas veces, frio otras : apasionado del claro-oscuro en ocasiones, emplea en otras una luz difusa; todo, en fin, lo subordina á la impresion que quiere producir; pero con una intuicion tan feliz, que jamás descarta un elemento necesario por otro útil.

Goya en España no formó escuela ni tuvo influencia, porque su tiempo no le comprendía, como no comprendió á Prud'hon la Francia; pero es el iniciador del verdadero arte contemporáneo.

Por natural y legítimo que sea, por conforme que esté con las tendencias del espíritu humano el culto del recuerdo, no es siempre conveniente volver la vista atrás para encontrar en épocas pasadas el ideal del arte. La satisfaccion de resucitar las épocas pasadas, lo cual no es mas que una ilusion histórica, no puede jamás satisfacer la sed de progreso del espíritu humano. Los hombres que mas bien merecen son

los que inspirándose en su tiempo, sientan las bases del porvenir ; los que tomando del mundo contemporáneo los asuntos de sus obras y la materia de sus composiciones, preparan la grandeza de su época.

El que acierta á reproducir en forma brillante y enérgica las ideas de su siglo, no solo se hace dueño de los espíritus que con él viven, sino que adquiere un nombre en la historia, y despues de haber dominado á su tiempo, preside al desenvolvimiento de las edades futuras. Sus ideas, medio para él de accion, son para el porvenir objeto de estudio y base de nuevos progresos.

Por eso me he detenido un momento en el estudio de Goya y señalado la significacion que en la historia de la pintura corresponde á esta gloria nacional.

Os decía, señores académicos, que Gericault, con su cuadro del *Naufragio de la Medusa*, habia desembarazado al arte de las trabas que el llamado clasicismo de la escuela de David habiale impuesto : movimiento análogo al que en la literatura ejerció la escuela romántica, que rompiendo las llamadas unidades literarias, abrió á la fantasia del poeta nuevos y mas anchos cauces.

Sucedieron á Gericault un número considerable de artistas que, no ocupándose del procedimiento mas que para dar justa forma á la idea, siguiendo sus propias inspiraciones y poseidos de un gran espíritu de independencia, cultivan todos los géneros, aspirando, no á seguir una escuela determinada, sino á crearse una individualidad, aspiracion que considero como el ideal del artista.

Seria mi deseo hacer una reseña de cada una de estas eminencias contemporáneas ; pero ni la índole ni los límites de un discurso me lo permiten, y habré de reducirme á mencionar algunos de los mas notables modelos en cada uno de los distintos géneros del arte.

El gran número de palacios, iglesias, edificios públicos, etc., que se han construido ó restaurado en Francia, en Alemania y en Italia en lo que va de siglo, ha dado ocasion á muchos artistas para cultivar la llamada pintura decorativa.

Cornelius y Kaulback, tratando los asuntos alegóricos, filosóficos y bíblicos, han producido ricas y fantásticas composiciones, así como Ingres, con sus *Apotheosis de Homero* y de *Napoleon*, obras de belleza inmensa.

Flandrin, en las iglesias de San Vicente Paul, San Severiano y San German de los Prados en Paris, prueba con sus obras llenas de unción y de belleza, que aunque no es posible expresar por medio de la pintura las aspiraciones de la religion, si en algun tiempo se ha logrado armonizar la forma con la idea religiosa, ha sido indudablemente en esta época.

Muchas mas obras podría citar del arte religioso contemporáneo en apoyo de esta verdad ; pero lo considero ocioso, porque todos conocéis las de Overbek, el *Martirio de San Sinfiriano* de Ingres, (cuya figura del santo mártir es por sí una epopeya) y tantas y tantas otras que comparadas, no solo con las tablas de los trecentistas, sino con los adocenados cuadros de Carducci, Carreño, Jordan y muchos otros, probarán que en los tiempos pasados, en que la fe se consideraba en todo su vigor, no se produjeron obras religiosas tan perfectas como en el presente, que de descreído se tacha.

Esto demostrará tambien de un modo indudable que por muy viva que sea la idea religiosa, no puede producir obras acabadas, para las cuales es indispensable el constante estudio del medio único de que han de servirse los artistas : la contemplacion de la naturaleza.

Tratando asuntos dramáticos Delacroix, Decamps, Coutur, Robert Fleury y otros muchos, empleando el colorido como su principal auxiliar, han creado obras maestras. Paul de la Roche, con el acierto y sencillez de sus composiciones y la propiedad y erudicion, así en la figura como en los fondos, cuya importancia ha sabido realzar, ha conseguido elevar el arte histórico y dramático á una altura en que nunca se vió.

Horacio Vernet ha obtenido tambien un éxito análogo en el género de batallas, que con tanta inverosimilitud é impropiedad habian sido tratadas antes de él.

Pero el adelanto, el verdadero progreso de nuestros dias, y por el cual cabrá mayor honra al arte contemporáneo, es la creacion de esa clase de pintura, á que rutinariamente hemos dado en llamar de género. Y llamo, señores, á la pintura de género creacion contemporánea, porque en mi sentir nada tiene de comun, está separada por un abismo de la que con el mismo nombre los antiguos flamencos y holandeses cultivaron, limitada á buscar efectos agradables por medio de la belleza de la ejecucion, pero careciendo de pensamiento las mas de las veces, ó siendo el que reproducian trivial y chavacano. Los cuadros modernos de género se inspiran en la realidad, ofreciendo á nuestra vista un rasgo de abnegacion, un sacrificio heroico, una muestra de la caridad cristiana, una escena de dolor, una representacion, en fin, cualquiera de los sentimientos de alma ó una escena de la vida, en la cual se dibujan los mas sublimes sentimientos del corazón, que solo un error vulgar ha podido reservar á la tradicion legendaria ó la fábula mitológica.

Encuétrase á la cabeza de los que este género de pintura cultivan, Ernesto Meissonier, cuyas bellísimas y numerosas obras constituyen una de las mas brillantes páginas de nuestra época.

Tambien Gerome, penetrando en la vida íntima de Roma, Grecia y otros pueblos de Oriente, é interpretando con éxito brillantísimo sus costumbres al par que las de nuestros dias, ha revelado su inmenso talento.

Breton y Hebert hacen un conmovedor poema de cada uno de sus cuadros de escenas campestres. Los de Knaus identifican al espectador con los sentimientos, ora tiernos y delicados, ora alegres y expansivos, que se propone expresar, dando en todos ellos el autor muestras de gran mérito.

Por último, Etewens, Fromentin, Villeas, Passini, Marchal, Hamon y otros muchos enriquecen este género de la pintura con sus bellísimas obras llenas de encanto, de gracia y de perfeccion.

En la pintura de paisaje, de animales, de flores, de retratos, de naturaleza muerta, etc., etc., son innumerables los artistas eminentes, cuyos nombres podría citar, porque innumerables son las individualidades que dignamente representan tambien en estos géneros al arte contemporáneo ; pero temeroso de molestar demasiado vuestra atencion, solo consagraré un recuerdo á los de Danvigni, Rosa Bonheur, Troyon, Carott y Rousseau, que son los que considero de mas valia entre aquellos á que me refiero.

Por distinta razon omito hablar de los artistas españoles. Discípulo de los unos, compañero de los otros, amigo de todos, no podría pronunciar el nombre de uno solo sin sentirme llevado á inscribir el de los demás. ¡ Tanta es la consideracion que me merecen, tanto el aprecio y cariño en que los tengo !

No juzgo, pues, muy fundados los lamentos que suelen oírse por la muerte del arte, lamentos que en todos tiempos y en todas cosas, siempre fueron iguales ; pues achaque de la humanidad es despreciar lo presente para realzar lo anterior.

Porque á nuestro parecer,  
Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor.

Por eso tampoco creo justo atribuir una decadencia que no existe, á la falta de recompensas á los artistas ; pues, en mi sentir, nunca las tuvieron mayores que las de que hoy disfrutan. Do quiera que se distinguen, son justa y ampliamente recompensados : los honores y las riquezas se suelen reunir en sus manos.

M. Ingres obtuvo el cargo de senador del imperio como premio de sus relevantes cualidades artísticas; Leis, es recibido en triunfo en Bruselas, que, de su regreso del concurso europeo de 1853, en el que habia merecido un puesto de honor, hizo una fiesta nacional. Y si estos ejemplos no fueran suficientes, séame permitido recordar el espectáculo que ofreció la última Exposicion Universal de Paris, cuando en medio de aquella inmensa coleccion de los productos del ingenio humano ante los representantes de todas las naciones civilizadas, á la vista de los soberanos de los pueblos mas poderosos, reunidos para honrar el trabajo, se adelantó el primero á recibir el lauro del talento, un artista, Ernesto Meissonier, cuyo nombre saludaron con atronador aplauso los veinte y cinco mil espectadores, que á nombre del mundo civilizado, veian en él la representacion del arte moderno.

He terminado, señores ; y nada mas añadiría, si al dejar de molestaros, no me asaltara la idea de que, aunque en escaso tiempo, habré abusado de vuestra indulgencia. Perdonadme este abuso, en gracia de mi inexperiencia literaria : que así como un soldado, capaz de luchar por su patria, no sabe, sin embargo, describir una batalla, el artista, que al ver las obras del arte, siente y contempla en su espíritu un mundo desconocido y sublime, y tal vez se deja arrastrar por el entusiasmo á reproducirlo ó á imitarlo, no puede, sin embargo, hallar las frases que á sus impresiones corresponden, y deseoso de reproducirlo con el color y la forma, ignora cómo explicarlo con la palabra y el lenguaje.

He dicho.

#### DISCURSO

De don José Amador de los Rios, en contestacion al del señor don Vicente Palmaroli, en el acto de ser este recibido como académico.

Señores académicos :

Cada vez que esta real Academia abre sus puertas para recibir en su seno á uno de aquellos artistas que han conquistado ya en las lides del ingenio esclarecido renombre, mira cumplida una esperanza, y logra la alta satisfaccion de ver confirmada por el voto de los hombres ilustrados la acertada eleccion de un nuevo sacerdote de las Nobles Artes. Llenan estas solemnidades académicas, sábiamente establecidas por la ley, con el provechoso fin de excitar y de atraer las miradas de la sociedad entera hácia las esferas artísticas, ministerio no indiferente en la edad de vida pú-

blica que alcanzamos, el no menos importante de consagrar la reputación de vuestros elegidos, llamándolos á exponer en las regiones de la teoría ó de la crítica el fruto de sus meditaciones y creencias, con los fundamentales principios que los alientan y guían en el ejercicio de su profesión respectiva.

Asóciense por este medio al movimiento universal que ofrece el arte en todas las naciones cultas, donde iluminada su práctica por la luz de las teorías, lejos de esterilizarse en el estrecho círculo de asfixiadora rutina, fecúndase á maravilla, aspirando de nuevo al grado de esplendor alcanzado en sus mas gloriosos días. Porque reprobable temeridad fuera dudarle: el arte, sin principios profundos y trascendentales que le sirvan al par de fundamento y faro — al concebir y realizar sus creaciones, — estaria perpétuamente condenado á misera impotencia; y nunca ha recogido duraderos laureles sin hermanar en su cultivo la experiencia y la reflexión, encaminándolas energicamente al logro de sus mas altas aspiraciones. Enseñanza es esta que, sin apartar la vista del cuadro general que en su discurso ha bosquejado el nuevo académico, nos suministran los grandes pintores por él sublimados hoy á nueva apoteosis. Miguel Angel, Rafael de Urbino, Leonardo de Vinci, trinidad poderosa que levanta en sus hombros el cielo del arte moderno, sobre vivir en el centro de aquel glorioso desarrollo de las ciencias y de las letras, que inmortalizan con sus nombres un Lorenzo de Médicis y un Marsilio Ficino, un Angelo Policiano y un Ludovico Ariosto, un Pomponio Letto y un Poggio Bracciolini, mientras asombran á sus coetáneos con la grandeza y majestad de sus obras pictóricas, transmiten á la posteridad, ya en muy preciadas poesías, ya en ingenuas epístolas, ya en eruditas memorias históricas, cuanto creyeron y sintieron del arte y de la belleza, á cuya doble conquista y posesión noblemente aspiraron.

Ni hallamos, por cierto, menos satisfactoria la demostración de esta verdad en el suelo de nuestra Península. Desde el momento en que la gloria de aquellos tres astros mayores del arte se refleja, según ha insinuado el nuevo compañero, en todas las naciones de Occidente, muestran los ingenios españoles el generoso anhelo de seguir de cerca su ejemplo, no ya solo inspirándose en sus inmortales producciones, sino apoderándose también de sus teorías. El renombrado Pablo de Céspedes (admirador como ninguno del genio de Miguel Angel, á quien da la preferencia sobre todos los grandes maestros de Italia, bien que no menos apasionado de Urbino y de Vinci), al paso que recuerda y enaltece en sus inestimables discursos *Sobre la antigua y moderna pintura y escultura*, las máximas y principios de arte, deducidos de la contemplación reflexiva de las obras de todos, consigna con no menor devoción y respeto los principios y las máximas de útil aplicación atesorados por su experiencia, para ilustración y enseñanza de sus compatriotas. El aplaudido Francisco Pacheco, cuya noble inteligencia se nutre y madura también en el estudio de las grandes escuelas de Florencia y de Roma, aspira á dotar á la sevillana, cuyo mayor florecimiento mira cercano de una teoría completa del arte; y á tal punto llega en esta meritoria empresa la eficacia de su ejemplo, que no se desdeñaron de seguirlo ingenios tan privilegiados y felices como el inmortal Velázquez, aclamado en vida cual príncipe de la pintura española, y levantado no ha mucho por autoridad competente, á la envidiada categoría de padre de la lengua castellana, merced á los aciertos de su docta pluma.

No es del momento el hacer aquí menuda cuenta de los grandes cultivadores de las nobles artes que ilustrando su teoría ó su historia fuera y dentro de nuestra España, han autorizado y autorizan estas solemnidades académicas, donde se promueve y estimula su estudio. Cuando se ignoran ó menosprecian los principios fundamentales del arte; cuando no se atiende, con la solicitud que mostraron siempre los grandes maestros, á establecer las íntimas y fecundas relaciones que existen entre esos principios fundamentales y su práctica; cuando abandonados, en una palabra, los ejemplos de la experiencia y los vivificadores avisos de la reflexión, se entrega el artista á los casos de un empirismo, siempre ciego y embrionario, ¿qué podrá, en efecto, decirse de ese arte? ¿A dónde camina? ¿Qué bello ideal realiza? Y cuando es el arte esencialmente erudito, como sucede en nuestros días; cuando tiene tras sí tantas y tan luminosas edades de gloria; cuando, aquejado en todos los pueblos por la mortal dolencia de la duda, se siente herido en el corazón, ¿no será dado á sus mas ardientes cultivadores el levantar la voz amiga en el santuario de las Nobles Artes, para hacer el verdadero diagnóstico de esa terrible dolencia; para buscar en tan brillante pasado el principio salvador de la vida futura; para justificar, ó explicar al menos, las causas de ese eruditismo, que sirviendo de base al nuevo edificio de su actual grandeza, domina y caracteriza por igual las producciones todas de la arquitectura, de la pintura y de la estatuaría?...

Hé aquí, señores, la noble y nada vulgar tarea, encomendada en parte á vuestros elegidos, en el instante de tomar asiento entre vosotros. Permitidme observaros que, á despecho de sus repetidas cuanto modestas salvaduras, no es el nuevo académico, á quien tengo la honra de dar la bienvenida en vuestro nombre, el menos afortunado de cuantos, al penetrar en este recinto, dieron cumplida razón de los principios

que les sirven de norma en la práctica del arte, que particularmente profesan.

Ya habeis escuchado su noble discurso. El laureado pintor, que iniciado por vosotros en el estudio de la belleza clásica y en los misterios de la naturaleza, aspiró á poner en el suelo de Italia término y complemento á su educación artística, — al volver ahora entre vosotros, no se recata de confesaros la excelencia de aquella enseñanza, tomándola cual base para asentar la tesis de que «el estudio de la antigüedad clásica ejerció benéfica influencia en el desarrollo del arte moderno desde los primeros albores del Renacimiento hasta nuestros días.» A la verdad, no se habian menester grandes esfuerzos para demostrar desde luego la realidad de esta influencia. Objeto de altísima controversia está siendo, no obstante, en los momentos actuales el determinar si ha sido positivamente favorable al desarrollo del arte cristiano, como parece opinar sin reserva el nuevo compañero, ó si lo ha precipitado, como quieren profundos pensadores, en lamentables extravíos y hondas prevaricaciones. Vuestro elegido, conociendo perfectamente este radical antagonismo en el campo de las teorías y de la historia de las artes, ha procurado desplegar no pequeño aparato de escogida erudición para justificar sus asertos, suscitando varias é interesantes cuestiones, cuya importancia y trascendencia habreis ya sin duda quilatado.

Cualquiera de ellas, considerada en particular, demostrando prácticamente la utilidad de estas solemnidades artístico-literarias, bastaria á cautivar largamente vuestra ejercitada atención, á ser tratada con algun detenimiento. Mas ya que esto no me sea posible, dada la necesaria limitación de un discurso, consentidme al menos que, respondiendo en cierto modo á la iniciativa del nuevo compañero, y recogiendo algunos relieves de su abastada mesa, ose yo añadir á las que él ha sabido presentaros en su discurso con tanta gallardía como desenfado, algunas reflexiones generales, á fin de ilustrar con ellas, en lo posible, el concepto de la pintura moderna, no sin pronunciar también breves palabras sobre su novísimo y actual estado.

El mas alto, el mas noble, el mas trascendental ministerio del arte, cualquiera que sea la edad de su florecimiento, estriba en interpretar de lleno la civilización que lo produce: todo arte que en algun modo desconoce ó contradice esta ley superior de su existencia, viviendo una vida artificial y precaria, carece de la virtualidad y energía suficientes para transmitirse con esperanzas de nuevos triunfos á la posteridad, y para perpetuar en ellas sus legítimas conquistas. Así, toda influencia que tienda á desnaturalizarlo, estableciendo cierto divorcio entre la idea generadora, que le infundió aliento, y la forma que empezó á revestir desde su cuna; y todo elemento extraño, que venga á perturbar á deshora su progresivo, tranquilo y maduro desarrollo, si bien parezca dotarlo de nuevas galas y perfecciones externas; todo movimiento, en fin, que aun aspirando inmediatamente al logro y posesión de mayor fausto y riqueza, contribuya á sacarlo de su propia órbita, lejos de labrar serenamente las naturales transformaciones, que lo llevan de grado en grado á su perfección y preludian sus desenvolvimientos sucesivos, si pueden por un instante levantarlo con pasmo de las gentes á desusada altura, llevan fatalmente dentro de sí mismos los deletéreos gérmenes de inevitable y próxima decadencia.

Y no otra es en verdad la demostración que surge irresistiblemente de la reseña histórica que acabamos de oír respecto de la encantadora arte de la pintura. Recordando las trascendentales cuanto luminosas teorías proclamadas en nuestros tiempos por los modernos padres de la ciencia estética, ha procurado el nuevo académico establecer las diferencias capitales que median entre el arte pagano y el arte cristiano, para determinar sustancialmente sus respectivos caracteres. Las artes plásticas alcanzan á interpretar de lleno el bello ideal de la civilización helénica, porque abrazado este de un verdadero antropomorfismo, hallaba en la mayor perfección de la forma humana su adecuación mas cumplida. Llamado á revelar en sus obras la idea de lo absoluto y de lo infinito, no podia en cambio el arte cristiano hallar fácilmente las formas de su mas genuina expresión con medios finitos y particulares. La nueva empresa del arte era tanto mas árdua y difícil, cuanto mas sublimada se veía en la conciencia de los cristianos la perfección moral sobre la belleza física, y mas vivamente resplandecían entre las ruinas del mundo antiguo las maravillosas perfecciones del arte clásico. Mas ¿podría acaso deducirse, dada la legitimidad de la civilización cristiana, acrisolada y consagrada al par en una persecución de tres largos siglos, que inunda de sangre todos los confines de la tierra, que nacia el nuevo arte condenado á eterna oscuridad, cuando traía en su seno la civilización que lo engendra, luz bastante á iluminar todos los siglos futuros?... ¿Podría ser esta nueva cultura una ciega y desconsoladora negación de todo sentimiento artístico, cuando reconocia por indestructible fundamento la salvadora fe y tenia por lazo indisoluble entre Dios y los hombres la santidad del amor, fuente inagotable de toda inspiración y principio generador de toda idea de arte?...

Injusta y temeraria fuera por cierto la duda; y ya habeis oído, señores académicos, con cuánta oportunidad ha sabido rechazarla vuestro elegido. La religión cristiana que habia dado asilo en sus basílicas,

desde los tiempos de Yuvenco y de Prudencio, á las majestuosas reliquias del arte homérico, consagrandose desde sus primeros días á su propio y mas íntimo ministerio la lengua de Píndaro y de Tucídides, con la de Marco Julio y de Virgilio, apoderada de los elementos arquitectónicos griegos y latinos, no se habia negado en su triunfo á prohibir la pintura ni la estatuaría, dándoles en cambio hospitalario y cariñoso albergue en sus templos. Profesando la piadosa doctrina, recordada al comenzar del siglo VII por el doctor de las Españas, de que recibia Dios adoración en sus mártires y sus confesores, debiendo ser honrados por caridad y no por servidumbre, lejos de proibir del santuario las imágenes de los bienaventurados, condenaba un siglo y otro, como vitanda y herética, la anti-artística doctrina de los iconoclastas, porque *ad imaginem pietæ speciei fit similis ille, qui ad similitudinem vivit imaginis*. Así, ejerciendo aquel «arte del divino amor,» como ha llegado á apellidarlo san Isidoro, ó *del primo amore* como lo denominaba al fin la musa del Dante, tomó para sí la Iglesia de Cristo desde su misma cuna el legítimo protectorado de la pintura y de la estatuaría, que purificadas de toda mancha de gentilidad, y aspirando á interpretar vivamente el sentimiento cristiano, caminaban unidas á la conquista de un bello ideal, nunca antes realizado ni aun presentido.

Para lograrlo, al paso que se despojaban, bajo el patrocinio de la Iglesia, de las galas gentílicas, olvidando de día en día el culto profano de las formas; al paso que sujetándose á las prescripciones superiores del dogma y de la liturgia, recibían el sello misterioso de la alegoría y del simbolo, según ha recordado la selecta erudición del nuevo compañero, hermanábanse la pintura y la estatuaría bajo las alas de la arquitectura, para constituir la grande y maravillosa unidad del templo católico. Estrecho y amorosísimo consorcio fué este, en que iban todas tres nobles artes á mostrarse en una sola por el espacio de largos siglos, atravesando en tal forma las terribles tormentas que llenan de luto y sangre los tiempos medios. El fuego sagrado, que desde el primer día del cristianismo las vivifica y alienta, parece alguna vez amortiguarse en medio de los rudos sacudimientos, que ponen en honda perturbación la sociedad entera; pero asidas fuertemente al árbol de la cruz aquellas tres hermanas que, desposeídas de tan portentoso gobierno, tal vez hubieran sucumbido al furor de tantas borrascas, sobrenadaban felizmente en los mares de la barbarie y de la ignorancia, llegando al fin á puerto bonancible, para poner á salvo sus prosperados tesoros.

Habia, en efecto, realizado el cristianismo, al través de la oscuridad y de las conturbaciones de la Edad media, el primer bello ideal á que generosamente aspira, desde que adunadas las tres nobles artes para dar cima á la creación del templo católico, se encaminaron resueltamente á este fin todos sus esfuerzos. El templo campea al cabo por la alteza y la unidad de la idea generadora, que levanta, imponiéndoles formas tan sublimes como adecuadas, sus inmensas molas de piedra: morada del Dios único, revela en la majestad de su concepción y en la serena grandeza de su conjunto, el soberano concepto que abriga la cristiandad sobre aquel Sér Increado, cuya *divina omnipotencia, suma sabiduría y primer amor* habían sacado al mundo de la nada. Tal era la obra realizada por la arquitectura. En las augustas bóvedas y levantados muros de aquella creación maravillosa; en sus peregrinos altares, armados de suntuosos retablos, que ora se elevan hasta tocar las bóvedas, llenando las anchurosas naves; en todo lugar que consagra allí la devoción y la piedad enaltece, derraman y atesoran la estatuaría y la pintura sus ingenuas creaciones, que inspiradas por la misma fe y el mismo amor, á cuyo *fiat* se han alzado muros y bóvedas, mientras ofrecen la mas rica y deslumbradora variedad, se armonizan y confunden en estrecho y encantador maridaje, hasta producir aquella ambicionada y altísima unidad, que he tenido la honra de señalaros cual término y corona de las primeras y mas legítimas aspiraciones del arte cristiano.

No busqueis, señores, en estas creaciones las excelencias de la forma externa, porque según nos ha manifestado con razón el nuevo académico, seria este inútil empeño: buscad en cambio el candor y la pureza del sentimiento, la unión y la piedad que brotan de las fuentes de la fe, y no dejareis de encontrarlas. Estas nativas virtudes del cristianismo, acrisoladas en Oriente y Occidente por una guerra santa, bastaban dentro del templo católico para dotar á las producciones de la pintura y de la estatuaría, de aquella feliz adecuación que habian menester, cualesquiera que fuesen la escuela y la region que las cultivaran, para formar con la fábrica arquitectónica un todo grandioso, original, y relativamente perfecto. Nada mas podia pedirse al arte: la civilización cristiana, en lo que tenía de mas íntimo y permanente, de mas fecundo y universal, habia encontrado en él su genuino intérprete; el templo católico constituía ya su mas sublime epopeya.

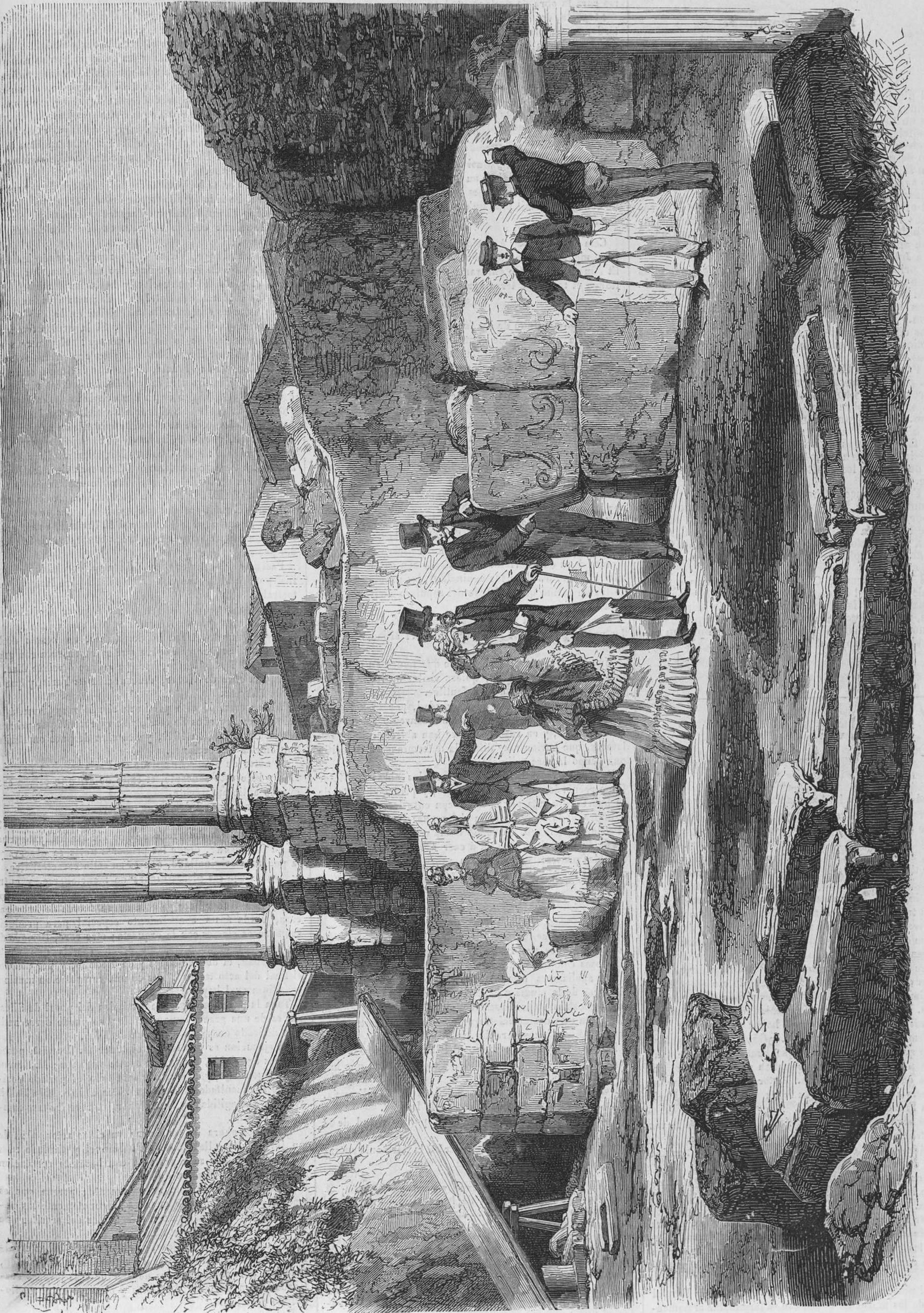
(Se continuará.)



BELFORT. — Familias prusianas pascándose.



BELFORT. — Soldados prusianos pidiendo-ropa á un campesino.



ROMA. — El príncipe y la princesa de Gales, acompañados por el señor Rosa, visitan las excavaciones del templo de Cástor y Pólux, en el Foro.

## El Foro romano.

Roma 18 de abril de 1872.

El glorioso Foro romano en donde se agitaban los destinos del mundo, vino á ser un montón de escombros en tiempos de Gregorio VII. Un depósito de inmundicias levantó sucesivamente su suelo mas de 8 metros, y posteriormente se estableció allí un mercado de ganado que se llamó *Campo Vaccino*.

En la actualidad, bajo la dirección del docto arqueólogo señor Rosa, se practican en ese sitio activas, minuciosas é interesantes exploraciones.

El origen del Foro remonta á la alianza de los romanos y los sabinos. El Foro se extendía del arco de Septimio Severo al templo de Antonino y Faustina, y en su anchura, de la iglesia de Sant' Adriano á la basílica Julia.

A principios del VI siglo de Roma, dos incendios destruyeron en parte los edificios que embellecían la plaza. En aquellos lados reconstruyeron templos y basílicas que tuvieron igual suerte en el incendio de Neron.

Las últimas excavaciones han descubierto las subterráneas de los edificios antiguos sepultados hacia tantos siglos.

Del templo de Cástor y Pólux quedan los cimientos de la primera construcción del tiempo de la República, como lo prueban los enormes trozos de piedra puestos unos sobre otros sin cemento y reunidos con plomo. De la segunda construcción queda un mosaico muy bien conservado en su lugar aun, así como quedan tambien tres magníficas columnas de mármol pentélico de orden corintio, de 14 metros 60 centímetros de altura: los capiteles son de un trabajo admirable.

El Foro se encontraba rodeado por los mas bellos monumentos de la Roma antigua: el templo de la Concordia, el de Vespasiano, el de Saturno, la columna de Focas, la basílica Julia, el templo de Cástor y Pólux, el de Antonino y Faustina, la basílica de Constantino, el templo de Venus y de Roma, el arco de Tito, etc.

Del Tabularium al Coliseo ¡qué de cosas pueden aun descubrirse! Hablaremos de todo lo que ocurra. En cuanto á la visita del príncipe y de la princesa de Gales, nada interesante hay que notar: aquí los soberanos parecen simples particulares y se pasean como todo el mundo en el monte Pincio.

F. L.

## Revista de Paris.

Desde que por fin ha comenzado el buen tiempo con los primeros días del mes de mayo, se nota en Paris una grande afluencia de extranjeros. Los ingleses figuran por la parte principal en este contingente de visitantes. En las calles, en los paseos, en los teatros, y sobre todo delante de las tiendas de lujo, lo mismo en los bulevares que en el Palacio Real, se distinguen entre todo el mundo las familias inglesas. Naturalmente, como la primavera de 1871 no nos trajo á Paris la cantidad de viajeros que acostumbra á venir todos los años por esta época, no es de extrañar que en la actual haya desquite, y que tengamos el doble cuando menos. Y así sucede.

Entre tanto los parisienses disfrutan de las diversiones propias de la estación, principalmente de ese espectáculo tan animado y pintoresco de las carreras de caballos en el bosque. El domingo último la reunion fué verdaderamente extraordinaria. No recordamos haber visto nunca mas gente, mas lujo, mas carruajes. ¡Oh, ciudad singular! Diríase que todos los sucesos que hemos visto, que tantos y tan prolongados horrores, han sido un sueño, del cual no queda ya ni memoria. Victor Hugo no se engaña por cierto cuando habla de su fe en el porvenir de Paris y de la Francia.

¡Qué obra tan admirable *el Año terrible!* Jamás la voz del patriotismo se ha elevado á alturas semejantes.

*El Año terrible* comienza en agosto de 1870 y termina á fines de julio de 1871.

Es una epopeya espantosa, donde se encuentra la sucesión de los males que en ese periodo han caído sobre la Francia.

Victor Hugo pasó en Paris los meses del sitio, y traza en su nuevo libro todas las peripecias de la defensa, señalando las penalidades y las desgracias de una población sufrida cual ninguna y animada por su exaltado patriotismo.

¡Qué pintura hace tambien del sitiador cuando llega al frente de los muros de Paris, con su formidable armamento, de todas formas, krupps, bombardas, cañones, ame-

tralladoras siniestras, todo ese séquito de bronce necesario para la obra de destrucción!

El poeta, desde lo alto de la muralla, á la caída de la tarde, contempla el círculo fatal del enemigo y describe nuestro horizonte en estos magníficos versos:

L'Occident était blanc, l'Orient était noir;  
Comme si quelque bras sorti des ossuaires  
Dressait un catafalque aux collines du soir,  
Et sur le firmament déployait deux suaires.

Et la nuit se fermait ainsi qu'une prison,  
L'oiseau mêlait sa plainte au frisson de la plante.  
J'allais. Quand je levais mes yeux vers l'horizon,  
Le couchant n'était plus qu'une lame sanglante.

Cela faisait penser à quelque grand duel  
D'un monstre contre un dieu, tous deux de même taille,  
Et l'on eût dit l'épée effrayante du ciel  
Rouge et tombée à terre après une bataille (1).

El fuego continuo de los fuertes del contorno de Paris le inspira otro sublime canto. Uno de los cañones que hacían aquel estrépito incesante llevaba el nombre de Victor Hugo, « hijo extraño, como le llama el poeta, negro vengador, soberano combatiente: tu bronce está en mi corazón y mi alma en tu bronce. »

Leyendo estas magníficas inspiraciones, recordamos la máxima de Gœthe, en donde dice que la piedra de toque de la poesía es la traducción: para Gœthe no es poesía lo que no puede traducirse en prosa. Ahora bien, la nueva producción de Victor Hugo admite perfectamente esa traducción á otro lenguaje, porque la idea domina siempre en esos admirables versos, que, sin embargo, tienen una forma no menos admirable.

Al través de estos cantos de guerra tan impregnados de la sangre y el fragor de las batallas, circula una corriente de amor paternal que consuela y nos refresca como si nos llevara á un oasis. Victor Hugo habla con sus nietos Juanita y Jorge, les lleva los aguinaldos, les prodiga las protestas de cariño que al borde del sepulcro dirige la vejez á la infancia.

Pero al volver la página nos encontramos de nuevo con las preocupaciones de la batalla entre el sitiador y el sitiado.

Una vez el poeta mas absorbido que nunca en el pensamiento de su próximo fin, quiere visitar un lugar de Paris en donde pasó sus años infantiles.

Es casi á un extremo de la ciudad, por la parte del Panteon, donde existía entonces un convento llamado de Feuillantines, y en cuyo barrio se han abierto calles y bulevares, que harían muy difícil la determinación del sitio que ocupó la casa religiosa.

Repetidas veces hemos hallado en las obras de Victor Hugo recuerdos de aquel convento, y principalmente de su huerta, descrita por él hasta con entusiasmo.

Impregnado de melancolía visita pues, un día durante el sitio, los terrenos en donde debía encontrarse la morada de su infancia, y acierta á caer á su lado uno de los terribles proyectiles que llovían sobre toda aquella parte de Paris:

¡Flor de bronce que estalla en pétalos de llama!

Victor Hugo se olvida de la realidad, y al resplandor de la bomba evoca sus recuerdos, estableciendo amargas y dolorosas comparaciones entre lo presente y lo pasado.

No analizamos esta obra verdaderamente grandiosa: al correr de la pluma y hojeando las páginas señalamos al acaso nuestras impresiones, con la seguridad de que lo mismo en una composición que en otra se encuentran bellezas poéticas incomparables.

Hay, sin embargo, una parte del libro que merece fijar la atención mas particularmente, y es aquella en que habla del porvenir de la Francia.

Para Victor Hugo el vencedor definitivo es la Francia. La Francia recobrará la Alsacia y la Lorena.

¿Cómo? Por la fuerza de la idea, por la virtud de la propaganda.

Mas aun: la Francia conquistará á la Alemania entera

(1) El Occidente estaba blanco y negro el Oriente; — como si algun brazo salido de los osarios — alzara un catafalco en las colinas de la tarde, — y desplegara dos sudarios en el firmamento.

Y la noche se cerraba como una cárcel. — El pájaro mezclaba su quejido al estremecimiento de la planta. — Yo marchaba; y al levantar mis ojos al horizonte, — el poniente no era mas que una ola sangrienta.

Hacia pensar aquello en algun gran desafío — de un monstruo contra un dios, ambos de igual talla, — y habríase dicho que era la espantosa espada del cielo, — roja y caída á tierra despues de una batalla.

el día en que los pueblos del porvenir abandonen sus odios seculares para hacerse hermanos.

Esta composición está escrita con toda la entonación de una profecía amenazadora, preñada de tormentas.

No olvidemos tampoco el terrible canto titulado: *SEDAN*, en donde representa á todas las antiguas glorias militares de la Francia asistiendo á la catástrofe inmensa, única en la historia. Es su despedida final al imperio, el coronamiento de cuanto escribió contra aquel régimen en los largos años que ha pasado proscrito en el extranjero.

Por último, *el Año terrible*, que alcanza, como hemos dicho, hasta fines de julio de 1871, abraza tambien la insurrección del 18 de marzo, la guerra civil, los horrores de la Commune.

El libro en todo lo que dice relación con la guerra extranjera, ha sido admirado por todos, porque en esta parte no hay ni puede haber opiniones políticas; pero no sucede lo mismo cuando se trata en él de las disensiones interiores.

Y, sin embargo, Victor Hugo reprueba enérgicamente los atentados de la Commune, los asesinatos, los incendios, el plan de destrucción y hasta las tendencias del inaudito gobierno del Hotel de Villa; mas á vuelta de esto se nota una acentuada indecisión en lo que toca al castigo impuesto á los culpables. Si la acción fué terrible, la reacción no lo ha sido menos: tal parece ser el juicio de Victor Hugo. Mas aun; en sus profecías sobre los destinos de la Francia, el poeta se inclina á creer que el triunfo definitivo será del pueblo. La dedicatoria que ha escrito en el ejemplar de su libro enviado á Enrique Rochefort, que espera en el fuerte Boyard su traslación á la Nueva Caledonia, en donde debe cumplir su condena á la deportación, que le ha impuesto el consejo de guerra, dice lo siguiente: « *El Año terrible*, mientras llega *el Año dichoso*. » No pueden darse palabras mas significativas.

De todos modos, el talento literario está fuera de toda duda, y se halla al abrigo de toda crítica. La última producción del gran poeta, que respira en todas sus páginas el odio al enemigo, y el amor á la Francia, es un grandioso monumento digno bajo todos conceptos de la gloria del poeta.

Pasemos á los teatros, que hacen ya los últimos esfuerzos, porque se acerca el momento fatal para las empresas teatrales.

La abundancia ha sido tal, que á pesar de habernos extendido mas que de costumbre, en este punto importante de nuestra tarea hebdomadaria, no hemos dicho nada todavía sobre una ópera que se representa con gran éxito en el Teatro Lírico, hace ya quince ó veinte días.

Es una obra de Weber, desconocida en Paris, y que se titula *Silvana*.

Weber escribió esta partitura siendo muy jóven, á los veinte y cuatro años de edad, y se representó por primera vez en Stuttgart, en 1810, y dos años despues en Berlin, con ciertas correcciones.

El autor de *Freyschütz* tiene en Paris muchos partidarios, y bajo este concepto, el éxito de *Silvana* estaba asegurado anticipadamente.

Apresurémonos á decir que es merecido.

Sin que el talento del compositor haya llegado en esta obra al completo desarrollo de que dió tan brillante prueba en *Freyschütz*, desde las primeras notas se observa ya la poderosa originalidad, que es su sello característico.

Muchas son las piezas dignas de mencionarse, y entre ellas descuellan soberanamente el primer coro de cazadores, donde Weber hace ya gala de su fuerza de imaginación, unida á un conocimiento especial para producir asombrosos efectos con la orquesta; otro coro, llamado de los músicos ambulantes, un precioso wals que canta Mlle Douau, el duo de Krips y de Rodolfo, y por último, el final del acto tercero, que es una composición musical grandiosa cual hay pocas.

Toda la parte coreográfica y mímica del papel de Silvana, es de una gracia imponderable; no puede darse nada mas delicado en punto á música de baile.

La ejecución es excelente: el tenor M. Duwast, posee una voz agradable, aunque de escaso volumen; M. Neveu, es un buen bajo, y M. Caillot, saca todo el partido posible de sus facultades de baritono. Por último, Mlle Balbi, vocaliza con agilidad, y Mlle Douau, merece los mas cumplidos elogios.

Hablemos ahora de un drama en cinco actos, obra de un jóven autor, llamado M. P. Manuel y titulado: *les Bonnes filles*, que se representa con bastante aceptación en el teatro del Chateau d'Eau.

Nada mas realista que su argumento; parece que es uno de esos hechos que cuentan frecuentemente los periódicos, puesto en acción con la sencillez del escritor que no conoce los artificios escénicos.

Trátase pues de un cajero, que despues de haber arruinado á su familia, roba la caja que tiene á su disposición, todo ello porque se enamora de una de esas jóvenes destinadas á un porvenir de fiestas y placeres en el medio-mundo parisiense.

Con efecto, mientras Enrique puede suministrar las crecidas sumas que se necesitan para brillar en el alegre

pais donde brillan estas reinas de un dia, en carruajes espléndidos, con trajes de Worth y perfumes de Guerlain, la vida es una fiesta continua; pero llega el momento de la escasez y Julieta huye.

Cuando el desgraciado Enrique acude otra vez con las manos llenas, las manos que acaban de cometer el robo en la caja que le está confiada, se encuentra la casa vacía, Julieta ha huido.

¡Pobre Enrique! ¡Exponiéndose á ir á presidio, por la mujer que le abandona!

Júzguese si será terrible la escena en que vuelve á ver á la ingrata, acompañada de una de esas amigas, protectoras del vicio.

No hay remedio para él: es preciso que expie su crimen.

Enrique toma la pluma para despedirse de su padre, para pedirle que le perdone, y despues que haya escrito la carta, pondrá fin á sus dias.

Con efecto, ya está concluido el mensaje, no hay mas que llevarle á su destino.

Pero ¿quién es el mandadero que recibe este encargo? Es nada menos que el padre de Enrique, reducido á tan mísera posición por las calaveradas de su hijo.

El buen hombre, así que lee el sobre, abre el papel, y loco de asombro y de espanto se precipita en el cuarto donde Enrique prepara su suicidio.

No hay para qué decir que le arranca de las manos la pistola.

El padre perdona; se restituye el dinero al industrial robado que perdona tambien, y Enrique promete ser en adelante el modelo de los hijos.

Tal es el drama que interesa vivamente, á pesar de su falta de invención y de la extremada sencillez con que está desenvuelta la fábula, por la sinceridad del autor, que parece conmovido contándonos la conocida historia del cajero infiel por amor, queriéndose castigar á sí mismo y arrepintiéndose de su crimen.

M. Taillade hace el papel de amante desesperado con su energía característica; pero desgraciadamente, es el único de los artistas que trabajan en esta pieza, que merezca los aplausos del público.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### LA CARITEÑA. (1)

#### Romance.

Á LA SEÑORA DOÑA ALEJANDRINA BENITEZ DE GAUTIER,  
COMO RECUERDO DE AMISTAD Y GRATITUD.

#### I.

Leyenda, cuento ó historia,  
De todo tiene un reflejo  
Lo que paso á relataros,  
Lectores del *Cancionero*.  
¿Qué cuento no tiene historia?  
¿Qué historia no sabe á cuento?  
Lo real y lo ficticio  
Suelen confundirse luego  
De tal manera, que el mundo  
Es un carnaval completo,  
*Do la verdad* es un mito  
Y *la mentira* lo cierto.  
Cuento ó historia, allá van  
Mis asonantes en *eo*  
Mientras me plazca, y á tí,  
Lector, no te canse el plectro:  
Es un tributo que rindo,  
Mas que á la musa al recuerdo  
De una comarca querida  
Que siempre en el alma llevo.  
Léelos, si así te place,  
Lector, mas yo te aconsejo

(1) Hemos recibido de Puerto Rico una bonita colección de poesías escogidas por don Manuel Soler y Martorell, con el título de *Nuevo Cancionero de Borinquen*, de la cual tomamos esta composición, reservándonos reproducir otras en nuestros próximos números.

No hagas aplicaciones  
A ser viviente ni á muerto;  
Pues te expones á violar  
El octavo mandamiento.  
Sigueme, pues, si lo quieres,  
Que no te conduzco lejos.  
Vamos á un valle que encierra  
Borinquen en su almo seno;  
Valle que lleva por nombre  
*Cabo-Rojo*, y no comprendo  
Por qué tal nombre le dieran  
A aquel delicioso pueblo;  
Aunque opino que el origen  
De tan extraño epíteto,  
Lo deba acaso al carmin  
Que colora el rostro bello  
De sus hijas, celebradas  
En todo este hermoso suelo:  
Por lo que el timbre merece  
En vez del *Rojo* modesto,  
De *Cabo*, sí, mas de *Flores*,  
Que de ellas es rico asiento.

#### II.

Allí está: en Occidente  
Dormita olvidado y quieto,  
Como á las glorias del siglo  
Al parecer muy ajeno.  
Mas en época lejana  
Célebre diz que lo hicieron  
De varios entes famosos  
Los inauditos excesos,  
Que á la pluma generosa  
Dejarlos place en silencio,  
Al patrio amor tributando  
Leal, cumplido respeto;  
Pues hay hazañas que deben  
Dormir en olvido eterno,  
En honor de los que viven  
Mas que en honor de los muertos.  
Los años no en vano pasan  
Como torrente que el cieno  
Arrastra, y al fin lo sume  
Allá en el piélago inmenso,  
Que á la par hiéndelo todo  
En los insondables senos,  
Do no penetra la historia  
A dar su fallo tremendo.  
Primavera precursora  
De dias gratos, serenos,  
Con sus hechizos ahuyenta  
Al triste, aterido invierno;  
Y cual tras ruda borrasca  
Suele soplar blando céfiro,  
Así á tiempos aciagos  
Suceden felices tiempos.  
*Cabo Rojo* que en Borinquen,  
Si no brillante lucero,  
Es planeta do reflejan  
Los rayos de un sol espléndido;  
Tambien á la luz del siglo  
El paso fácil abriendo,  
Reemplazó ya sus anales  
Viejos, por otros modernos,  
Que en esta tierra le dan  
Digno merecido puesto.  
Y pues de su añeja historia  
Vindicado está y absuelto,  
Para otra asaz mas moderna  
Invoca la musa el plectro.

#### III.

Es Setiembre. Sus lumbreras,  
Diamantes del firmamento,  
La noche enciende á millares;  
Y el grato y festivo suelo  
Vestido de luz saluda,  
Con armónicos acentos,  
La entrada alegre del mes  
De su Patron predilecto.  
San Miguel, á quien consagra  
Su devoción aquel pueblo,  
En treinta soles y noches,

Con religiosos festejos,  
Con ferias y cabalgatas,  
Con lances y amores serios;  
Que no faltan donde hay *ellas*,  
Dijo con gracia Quevedo.  
Pasa un sol, torna otra vez,  
Y entre danzas y clamores  
Se anuncian y desaparecen,  
Sin dar tregua á los deseos  
De la multitud que ansiosa  
Invade el hogar rojoño,  
Ya de las villas vecinas  
Y ya de lejanos pueblos:  
Que allí el *guajon* (1) y el de Añasco  
Tienen *impéctore* asiento,  
Y benévola acogida  
Todos con igual afecto;  
Pues *Cabo-Rojo* de amable  
Alcanzó justo concepto.  
En la plaza se levantan  
Aquí y allá sin concierto,  
Luengas barracas, que en tiendas  
De comestibles y juegos  
El traficante convierte,  
Solaz sacando y dinero.  
Allí la *roleta* asume  
Con sus mágicos volteos,  
La exígua bolsa del pobre  
Y la repleta del Creso:  
Que ancianos, jóvenes, niños,  
De todas clases y géneros  
Tras el azar de los *dados*  
Acuden en jubileo;  
Y hasta mozos del buen tono,  
Que con el mismo pretexto,  
La pista siguiendo van  
Al siempre impulsivo sexo,  
Que en enjambre bullicioso  
Aquel sitio embelleciendo,  
Forma un corro por do quiera  
De amorosos galanteos,  
Cuando entre sombras se esconde  
Cansado y mustio el dios Febo,  
Semejando blancas pléyades  
En grupos á cual mas bellos:  
Y mas de una vez allí  
Nació un feliz himeneo,  
Pues amor que entra jugando  
Suele terminar en serio;  
Que ese niño de las flechas,  
Asaz sutil y certero,  
No falta jamás en donde  
Haya zambras y jaleos:  
Alegron como unas pascuas  
Su rostro siempre es risueño;  
Aunque á veces ¡guarda Pablo!  
Nos deja dentro del pecho,  
En vez de miel melibea,  
De su flechada el veneno.

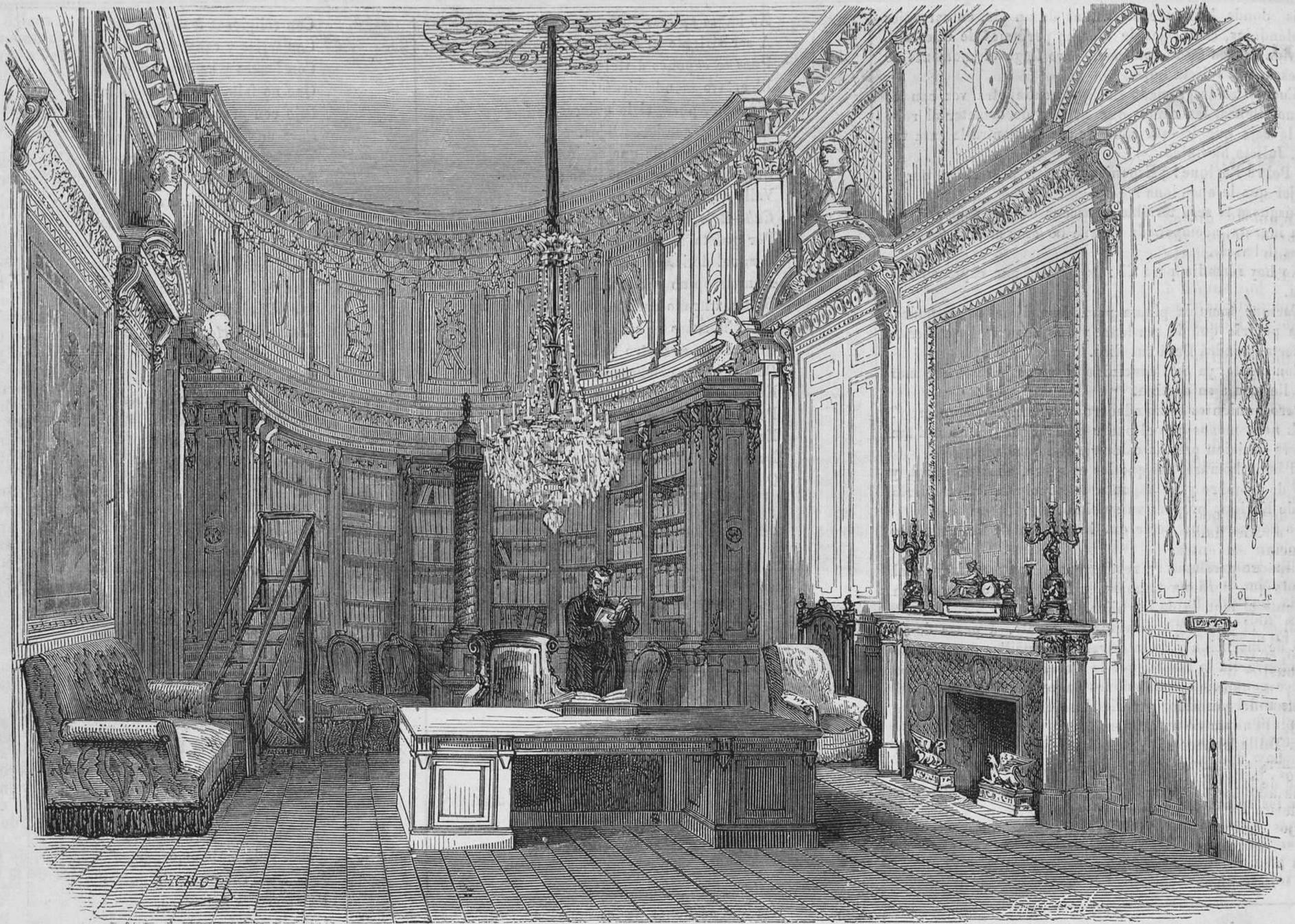
#### IV.

Hermosa y pura es la noche:  
Se siente blanda que oscila,  
Entre raudales de luz,  
La estival plácida brisa,  
Que lleva por los espacios  
La bulliciosa armonía  
Que forman allí en tropel  
Músicas, cantos y risas,  
*Roletas*, *dados* y gritos  
De la turba consabida  
De chiquillos y gandules  
Que no goza si no chillan.  
De súbito allí aparece  
De verde traje vestida,  
Arrastrando régia cola  
(Manguera que el suelo limpia)  
Mujer que á un ángel semeja,  
¡Imágen, por Dios, divina!

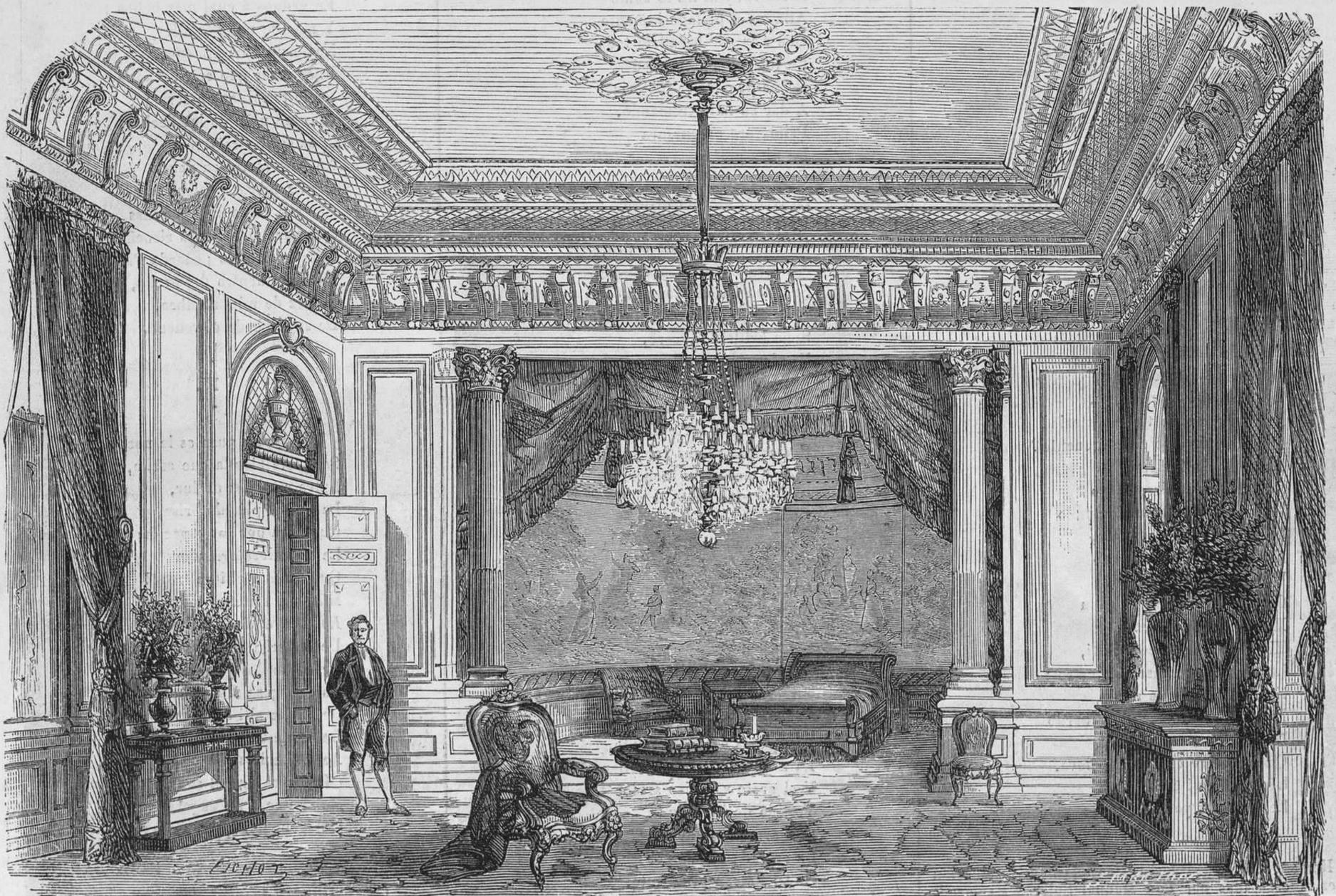
RAMON MARIN.

(Se continuará.)

(1) El natural de la Aguada.



PALACIO DEL ELÍSEO. — Biblioteca.



PALACIO DEL ELÍSEO. — Dormitorio de las habitaciones principales.

**El palacio**

DEL

**ELÍSEO.**

En nuestro último número hemos publicado la historia del palacio del Eliseo, y hoy vamos a completarla hablando de sus habitaciones.

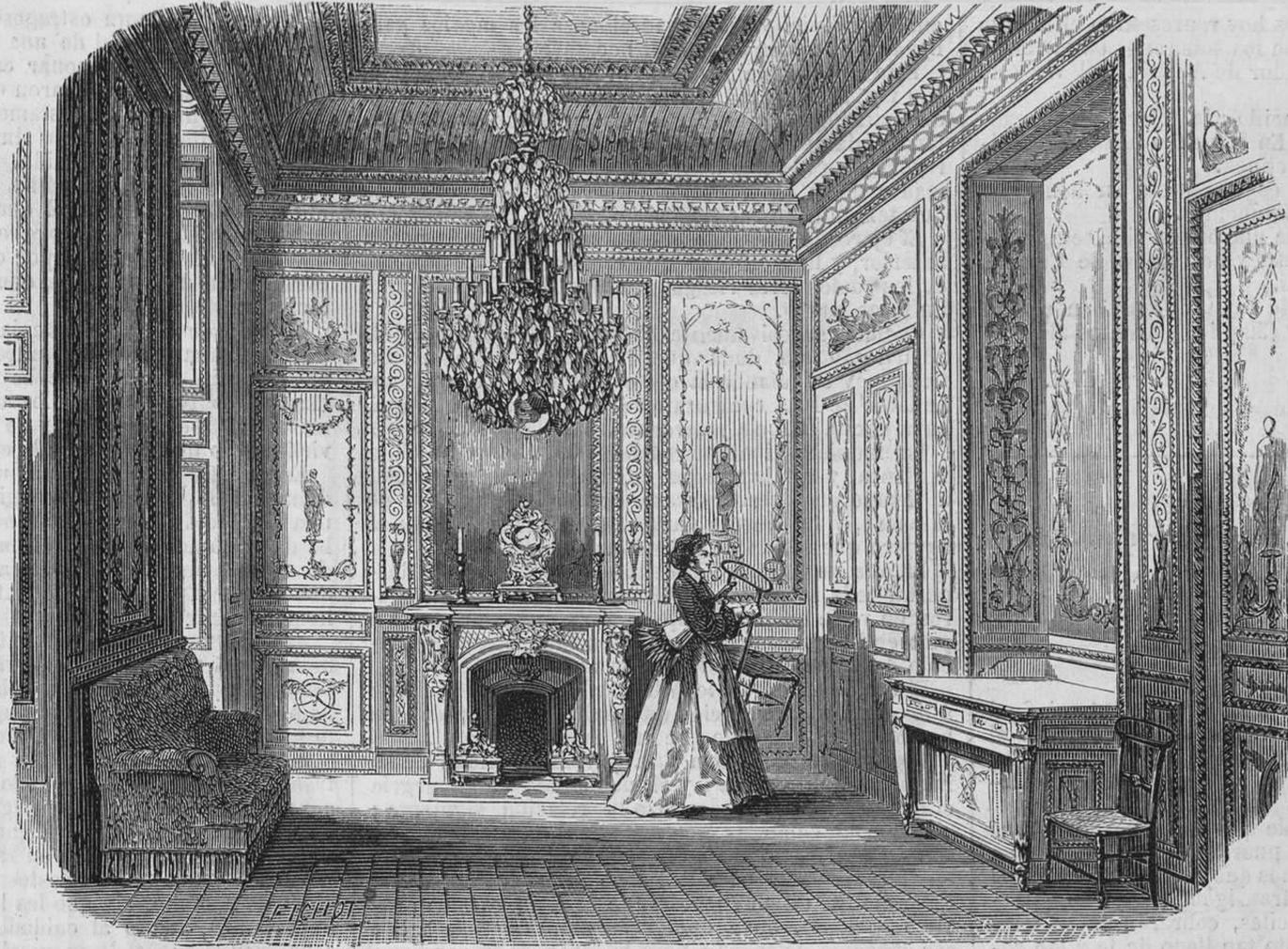
El financiero Beaujon hizo en el palacio considerables embellecimientos.

El Eliseo era entonces una de las moradas mas espléndidas.

Un espacioso patio y dos mas pequeños á los lados, anuncian su entrada. En una sala, á la derecha de la antesala, hay una hermosa mesa de billar. En el salon contiguo, se ven preciosos bustos de mármol, de Tassaert, escultor de cámara.

En el comedor que está á la derecha, hay dos magníficos jarrones de China adornados de bronce. El salon principal, á la izquierda del primero, es notable por sus soberbios espejos, así como por el punto de vista del jardin, que se confunde con los Campos Eliseos.

La pieza siguiente forma un dormitorio adornado con tres tapices soberbios de los Gobelinos, que re-



PALACIO DEL ELÍSEO. — Sala de baño.

presentan el *Sueño de Renaud*, su *Marcha* y *Angélica y Medor*. Cuatro palmeras adornadas de rosas sostienen el coronamiento de la cama.

El salon de las Musas que viene despues, sirve de salon de música.

Los medallones de las nueve hermanas están pinta-

ejecutados y dorados con oro molido. Esta pieza comunica con la galería alumbrada por el techo, donde hay muchos objetos curiosos y raros.

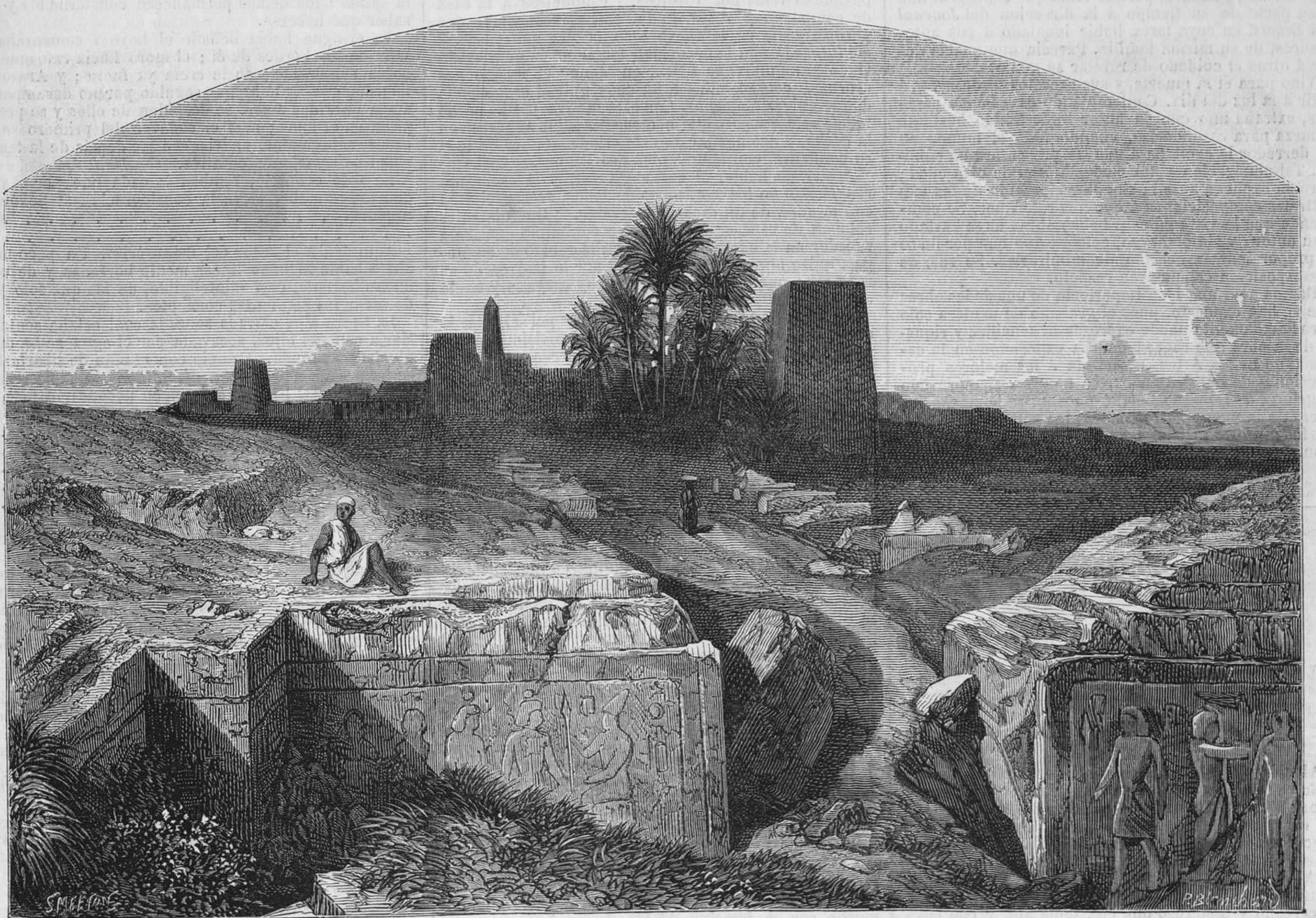
La biblioteca contiene una preciosa colección de libros formada por el señor Hemery, inspector de la librería.

dos con realce de oro. Hay tambien un grupo de mármol blanco ejecutado por Guyard, *Flora y Céfito*. Una estatua de mármol sobre una mesa entre las ventanas representa Luis XV en figura de Apolo.

Por otra pieza que sirve de dormitorio se pasa á las antesalas del piso principal en donde hay una pieza notable por los dibujos de las puertas, hechos en bajo-relieve por Sauvage, pintor de cámara; habiendo allí además, un san Roque del Guido, un Seneca por el Guerinchino y una Antiope de Rubens.

El gabinete contiguo tiene cuadros de Potter, Lancret, Vanloo, Houel, Doyen, y tiene tambien varias cabezas de estudio. Entre las ventanas hay un hermoso grupo sosteniendo una esfera movable, en cuyo derredor están marcadas las horas.

En el mismo gabinete se ve una magnífica araña enriquecida con bronces superiormente



LOS SEPULCROS DE GHEBBEL SELSELEY, EGIPTO. — Vista tomada en Tebas. — (Cuadro de Eduardo Bertin.)

Los grabados que damos hoy representan el famoso cuarto en donde durmieron los soberanos en visita, el Czar, el Sultan, el emperador de Austria y el virey de Egipto.

Su mueblaje es muy sencillo: la sillería es de caoba y damasco encarnado. En la alcoba hay una admirable tapicería de los Gobelinos.

La Biblioteca principal es una pieza en hemicycleo que contiene unos 2,000 volúmenes.

Entre los objetos de arte que hay en ella, se cuentan el busto en bronce de César y un cuadro de Curzon, las *Ramilleteras de Nápoles*.

Finalmente, en la sala de baño, que está en el piso principal, hay pinturas de Chaplin, y asuntos alegóricos en las puertas.

E. F.

Exposicion de los dibujos y cuadros

DE M. E. BERTIN EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE PARIS.

El eminente crítico de arte M. C. Clement, al final del excelente estudio que acaba de publicar en el *Journal des Débats* sobre las obras de M. E. Bertin, cuya exposicion se ha abierto esta semana en la escuela de Bellas Artes, dice lo siguiente:

« Tenemos la confianza de que esa exposicion dará á Eduardo Bertin el alto puesto que se merece en nuestra escuela, y esperamos que muchos de nuestros artistas que vacilan, que transigen, que se dejan arrastrar por los triunfos fáciles, cobrarán nuevo temple al ejemplo de ese talento tan lleno de fe y tan robusto. »

La exposicion de los veinte y siete cuadros, treinta y tres aguadas y doscientos dibujos que llamará á la escuela de Bellas Artes un público de inteligentes y curiosos, será una verdadera revolucion para las jóvenes generaciones. Eduardo Bertin, que ha sido un gran artista hasta la última hora, se apartaba de la publicidad con tanto cuidado como otros la buscan. Amante apasionado de lo noble y de lo bello, cultivaba el arte por el arte y no deseaba ruidosos triunfos. Pasando por un maestro entre todos aquellos que le conocian íntimamente, se escondía de la multitud, no porque la desdénara, sino porque era muy severo consigo mismo, y además porque tenia que consagrar una gran parte de su tiempo á la direccion del *Journal des Débats*, en cuya tarea habia igualado á sus antecesores, de su misma familia. Parecia que queria dejar á otros el cuidado de revelar su genio.

Vino para él la muerte, y sus secretos tesoros van á salir á la luz del dia. Contemplando esas bellas páginas, extraña uno que su autor haya tenido bastante firmeza para esconderlas, cuando todo el mundo en su derredor le excitaba á que las presentara en público. Tal abnegacion y tal modestia son de otra edad; pero se explican ante la singular elevacion de las magistrales composiciones á que nos referimos. Se comprende que la vista de esas bellas obras haya bastado á su autor; y sin embargo, celebra uno que por fin se le proporcione la ocasión de admirarlas. Se sale de esa exposicion con un gran respeto.

Damos aquí una idea imperfecta de una de las obras que se han expuesto, pues el grabado de madera solo aproximadamente puede expresar la sencillez y riqueza de la obra que reproduce. La exposicion en la escuela de Bellas Artes, reservada á las mejores producciones de nuestra época, se honrará siempre con la galeria de Eduardo Bertin, pues no se borrarán sus obras de la memoria de cuantos las hayan visto. Felices los grandes artistas: su muerte es una resurreccion. S.

La cueva de Benidoleig,

NOVELA ORIGINAL HISTÓRICA.

(Conclusion. — Véase el número 1,008).

Al cabo de ellas conoció Antonio la necesidad de salir y seguir su camino, pero el temor de exponer á unos objetos tan sumamente caros, le sugirió la idea de examinar antes por sí la entrada de la cueva y descubrir el campo; Maria y Matilde se opusieron fuertemente; y brindándose á ello Arazof, la prudente Matilde propuso que este, que podia caminar con menos riesgo, se dirigiese á P.... buscando un pariente cercano y poderoso que ella tenia allí, y con cuya asistencia contaba; le enterase del objeto de su vida y su actual retiro; les previniese un alojamiento

cual convenia, y les proporcionase los medios para llegar á él con la seguridad necesaria.

Este expediente mereció la aprobacion unánime, con tanta mas razon, cuanto que siempre era preciso detenerse en alguna parte y avisar desde ella; y determinada al instante su ejecucion, nuestros fugitivos recurrieron al resto de sus escasas provisiones, y animados de la esperanza se entregaron al descanso de que tenian harta necesidad.

El ejercicio desusado que habian hecho en la noche anterior, y la seguridad que creian disfrutar despues de los sustos y los riesgos pasados, les hizo conciliar un largo sueño.

Cuando sucesivamente fueron despertando de él, advirtieron sin duda que habian dormido mucho tiempo, y calculando la corta distancia á que debian hallarse de P..., comenzaron á inquietarse por Arazof, cuya vuelta parecia retardarse.

La inquietud iba aumentando en proporcion de la tardanza, y estaban todos en una excesiva ansiedad, á tiempo que oyeron pasos en el recinto exterior de la cueva, y finalmente vieron penetrar una luz por el agujero que servia de entrada.

La voz de Arazof, que se dió á conocer para despertar toda sospecha, los llenó de alegria y no tardaron en verle entrar acompañado de otro moro con un pico en la mano, provisto de una lámpara, y abastecido de algunas provisiones para su refrigerio.

El recibimiento de toda la familia fué consiguiente á los señalados servicios que habia recibido de este hombre, y al consuelo que aun esperaban de él.

Todos le preguntaban á la par el resultado de su importante diligencia; y él, denotando en su alegria el buen éxito de ella, les hizo la relacion siguiente:

— Serian como las tres y media de la tarde cuando sali de aquí, y no habiendo tenido tropiezo ninguno en el camino, llegué á P... poco antes de anochecer.

No me fué difícil encontrar la casa de vuestro próximo pariente, cuya opulencia y probidad le hacen ser conocido de todos; pero la sazón de la vendimia y la afición á presenciar por sí mismo las labores del campo, le habian llamado á una hacienda que posee á la orilla del mar. Enterado de que no debía restituirse al pueblo aquella noche, me hice acompañar á la hacienda, á la que llegué ya muy tarde. Ciertamente, fué notable la afabilidad con que me recibió desde luego; pero nada puede compararse á sus demostraciones de gozo cuando supo de vos. Su primera intencion fué la de enviar al instante para haceros conducir; mas ocurriéndole el paso de unas tropas que debian llegar esta noche de Denia, con direccion á Pego, determinó sacrificar á vuestra propia seguridad su impaciencia; y como por otra parte no era posible el venir por vosotros, y conducirlos á la casa de campo en el resto de la noche, resolvimos que permanecais en la cueva todo el dia que ya va á amanecer, y con la oscuridad tomar un camino extraviado para marchar á S..., en donde él mismo nos esperará con acémilas á fin de seguir á la hacienda donde quiere alojarnos. Con este motivo, me ha hecho tomar esta lámpara que hemos encendido al entrar en la cueva, y acompañar de este criado, que es de toda su confianza, con abundantes provisiones.

Acabó de hablar el celoso Arazof, y la esperanza renaciendo en los corazones de todos, se regocijaron con la idea de un dichoso porvenir. ¡Qué distantes estaban de esperar la horrorosa catástrofe que iba á suceder en la cueva! Antonio en el rebato de su alegría quiso abrazar á su criado, y por lo mojado de su ropa supo que el tiempo estaba muy cargado y habia empezado á llover.

Esta novedad les causó algun pesar por el retardo que podia ocasionarles; pero las provisiones eran mas que suficientes, el tiempo podia serenarse durante el discurso del dia, además de que la lluvia no siendo muy fuerte, no les impediria el marchar, y todo se reducía á pasar un dia mas en aquella caverna, cuya detencion ignoraban lo funesta que les debia ser.

Así nuestros héroes reunidos y gozosos, pasaron una parte del dia, durante el cual Arazof y su primo emplearon el pico en quitar las puntas salientes que dificultaban el paso de la entrada, hasta que el deseo de averiguar la hora y el estado del tiempo movió á Antonio á salir á la boca de la cueva.

A su vuelta instruyó á su familia de que la lluvia era bastante recia, y de que el horizonte se hallaba sumamente cargado; pero todavía no podia ser aun medio dia, y hasta la noche podia disminuir la lluvia, y tambien serenarse.

Algun rato despues hicieron salir á Boardil, que volvió con la triste noticia de que el temporal habia enreiciado considerablemente, y nuestros héroes comenzaron á mirarlo como una pequeña desgracia; mas á la noche, habiendo enviado por fin al moro que habia acompañado á Arazof, les manifestó que no solo seria temeridad el salir con el tiempo que hacia, sino que les seria ya imposible atravesar el rio seco, que según el ruido venia sin duda caudaloso.

Nuestros héroes hicieron algunas preguntas al moro sobre las circunstancias de este barranco, que el dia anterior habian pasado enteramente en seco, y sus respuestas no fueron las mas satisfactorias; pero otro peligro mayor les amenazaba de mas cerca.

Todavía duraba esta conversacion, que se prolongó mucho con la relacion de las desgracias que solia acarrear el rio seco; y los refugiados en la cueva principiaron á oír un ruido que aumentando por gra-

dos parecia al de un estragoso huracan, mezclado al mismo tiempo con el de una lluvia copiosísima, cual lo debia ser para resonar en tan profundo sitio: Antonio y Maria se ocuparon en aquietar los niños, á quienes el ruido tenia justamente aterrados, y los demás se rindieron al sueño sin temer otro mal que la forzosa dilacion de su salida.

El niño menor de mantillas se habia aquietado con el pecho de su madre, el que le precedía á este se habia dormido tambien; pero los dos mayores, aunque reprimian el llanto por obedecer á sus padres, estaban tan atemorizados, que lo manifestaban en su temblor continuo.

El cuidadoso Antonio tenia uno en sus brazos, el otro ocultaba su cabeza entre las rodillas de Maria para no oír el ruido que se hacia de cada instante mas y mas pavoroso; y los dos esposos en la parte mas elevada de la cueva, y de cara á la peña, no advirtieron lo que sucedía á la espalda.

Esta parte de la cueva era una bóveda circular del diámetro de veinte y cinco piés; su suelo formaba una especie de hoyo, cuyo fondo extendía y aumentaba de profundidad hasta el mismo agujero practicado en la peña, que constituía su entrada, de modo que el suelo ó piso de la entrada era la parte mas honda de la cueva.

Algunas vertientes ó manantiales habian, pues, comenzado á filtrar por la tierra que llenaba las grietas de las peñas, y el agua habia hecho ya un charco bajo del agujero, sin que ninguno de los refugiados lo hubiese llegado á advertir.

Las vertientes engrosando su caudal, iban arrastrando la tierra y ensanchando los conductos, y estos aproximándose entre sí, y llegando muchos á reunirse, iban formando arroyos que bajaban al hoyo con una violencia que acrecia en razon de su caudal.

Hacia algun rato que estos murmullos herian los oídos de Antonio, sin que les hubiese dado la menor importancia, atento al cuidado de su hijo mayor y á conservar el sueño de su querida esposa, que se acababa de dormir, cuando de repente abriéndose paso un arroyo considerable que venia por una cavidad, en la que la estrechez no habia permitido entrar á ninguno de nuestros refugiados, comienza á caer en el hoyo con estrépito.

Antonio llama entonces á Arazof, este despierta, y todos se ponen en pié y reconocen el riesgo y la urgente necesidad de salir del recinto; pero ya no era tiempo. El agujero se habia ya ocultado debajo de la superficie del agua, y el arroyo principal inundaba por momentos la cueva.

El moro, que se preciaba de diestro nadador, se despoja de la ropa y se arroja á la balsa buscando la salida; los demás permanecen consternados y sin saber qué hacerse.

Ya el agua habia llenado el hoyo y comenzaba á salir de los bordes de él; el moro hacia rato que se habia sumergido y se le creía ya fuera; y Arazof y Boardil, que no le habian seguido por no desamparar á sus queridos amos, se despiden de ellos y se precipitan en el agua; mas el cadáver del primero se ve pronto sobrenadar, y advierte á los demás de la temeridad de semejante tentativa.

En este conflicto, temblando cada uno por sí y lo que mas amaba, eleva la consideracion al Señor, é implora.

Aquí acaba el autor del manuscrito. Un poco mas abajo habia algunas líneas medio borradas y de una letra diferente, casi ininteligible, de las que solo puede sacar los siguientes conceptos.

La tierra algo elevada sobre la que estaba sentada Maria con sus hijos, socavada por el agua se ha desplomado al fondo. Antonio con el afán de libertarlos se ha precipitado detrás. N. S. (que sin duda serian las sirvientas, han perdido poco despues el piso, y caido tambien. Todos han desaparecido de mi vista. . . . . sola . . . . . un diente de la peña . . . . . Dios mio! . . . . . la lámp.

Tal era el contenido del manuscrito con las alteraciones del estilo, el uso de la tercera persona, que para mayor claridad y sencillez he adoptado en esta narracion, algunas reflexiones que he añadido por mí y finalmente las ordinarias circunstancias que debieron mediar en la inundacion de la cueva, y que, aunque apuntadas con mucha oscuridad, no se hallaba en estado de especificar el autor, que seria sin duda el mismo héroe.

Las últimas líneas deben estar escritas por Matilde, que privada de la lámpara no pudo ya continuar, aunque resguardada en un diente de la peña hubiera prolongado su vida hasta que el agua ó la debilidad acabasen con ella.

Despues de hecha mi traduccion, se la leí al anciano, que la escuchó con interés; le devolví su rollo, y habiéndome tributado mil elogios por la inteligencia de unos caracteres que nadie habia descifrado hasta allí, lo colocó en el arca en donde habia estado desde que lo sacaron de la cueva.

FIN.

LOS REFINOS DE CH...

## El Rosario de Haydn,

## EL CANTO DEL CISNE.

(Continuación. — Véase el número 1,008).

Haydn continuó clasificando objetos. Estas son de la Academia de música de Stocolmo, de la Sociedad de Felis meritis de Amsterdam; en fin, ese diploma de la universidad de Oxford. ¿Para qué han de ceñirse sobre mi pecho, si ya es como una pira yerta en la que se apagó la luz que resplandecía? ¡Ah, Kurbech! os lo confieso, ¡eran mis cariñosas hermanas, las únicas que depositaban las lágrimas furtivas que de mis ojos se despedían; y ahora ya me parecen mis enemigas, y creo que me echan en cara el que ya no las merezco!

— ¡Tranquilizaos, aquí hay una silla, serenaos, por Dios!

Por pronto que acudió á acercársela, no llegó á tiempo sino para recibirle en sus brazos. Un vértigo febril de los que tan frecuentemente le trastornaban, había privado de sus sentidos al ilustre Haydn, al músico y compositor europeo, al cisne de Alemania. A las voces del baron, entró presurosa una mujer, y atravesando como una vision maravillosa, se arrojó en los brazos de Kurbech, y poniéndole con hechicera sonrisa su mano sobre la boca, como suplicándole no profanase aquella escena de sentimiento doloroso con expresiones de placer y de felicidad, reclinó sobre su pecho agitado la blanca cabeza del anciano, y doblando su frente pura como la rosa sobre las pálidas sienes del músico, procuró dar calor á su yerta fisonomía. Así como el pájaro herido al suave calor del ala de su amorosa madre se anima y vivifica, así se fué animando el desvanecido artista al respirar el aliento purísimo de los labios de Carolina. Al volver en sí Haydn, hallóse entre aquellos tiernos esposos, que felices ya al ver disipado el penoso letargo, volvieron otra vez á abrazarse y á abrazar á su protector.

Sonrióse Haydn lánguidamente, como gozándose en su alegría. Sus ojos fueron recobrando su natural brillantez y expresion, desnublóse el ceño de su frente, y la serenidad y la melancolía volvieron á embellecer su apacible semblante.

— Gozad, les dijo, de esas caricias inocentes de que estáis privados por un destino adverso para vosotros. Sí, hijos míos, pues este es el nombre que merecen los seres desdichados para mi corazón; en esta torre solitaria que han respetado desde los bandidos de las montañas hasta los ejércitos numerosos, estareis acaso mas seguros que en el mas defendido castillo. El nombre de un pobre músico ha sido bastante poderoso para contener el desenfreno y la fuerza; y desde lo mas hondo de su olvidada vivienda Haydn ha oído los aplausos á su nombre y á su gloria, á la que sin duda ha debido el ser respetado en sus hogares. Tú, doncella infeliz, cuya hermosura tiene que vivir sepultada por no excitar las pasiones de un poderoso que pudiera perderos, y vos, jóven magnánimo, proscrito de vuestros hogares por haberla adorado únicamente, ambos merecis otra suerte y mas completa ventura. El emperador me estima con verdad; ahora mismo parto á buscar un salvo-conducto que os abra el paso por medio de los ejércitos acampados. En Inglaterra cuento con amigos y favorecedores, y allí encontrareis asilo, lejos de la saña de un rival poderoso. Tomad, este es el reló del almirante Nelson; aquel ilustre guerrero y ciudadano me lo dió en prenda de su amistad, en cambio de una de las enmohecidas plumas de mi tintero. Esta alhaja gloriosa, es solo un depósito que hago á vuestra confianza, querido Kurbech, pues despues que os haya servido para daros á conocer y proporcionaros protectores, volveré yo en persona á recogerla, como una de las reliquias que quiero me acompañen á mi sepulcro. Para tí, Carolina, guardo otra prenda aunque menos preciosa, igualmente rica á tu amor, y de ella te hago donacion para que reces por el descanso de mi alma cuando el Señor se sirva llamarla á su lado.

Al terminar estas palabras sacó de uno de sus bolsillos un rosario de cuentas negras, engastado en una cadena de oro labrado, y le suspendió en la blanca garganta de Carolina, colocando afectuosamente sobre su seno la efigie de la Virgen, de plata, que adornaba la santa prenda que la ceñía.

— Tú lo sabes, añadió sollozando, él ha sido mi compañero durante setenta años. El ha podido contar los latidos de mi corazón en todas las vicisitudes de mi vida. Cuando mi fantasía se entregaba á sus delirios músicos, cuando la inspiracion tardía rehusaba inflamar mi espíritu, la mas sencilla oracion de la Virgen rezada con ese rosario, era eficaz para darme nuevas ideas. ¡Jamás he acudido á pedirle consuelo sin que haya escrito obras verdaderamente inspiradas! ¡Ya soy viejo y débil! ¡Ya este precioso talisman no sirve sino para conmovier mi espíritu, pues los años han destruido mis fuerzas corporales! ¡Adios; dentro de breves horas estaré de vuelta! Entonces nos daremos la última despedida, aunque será corta,

pues estoy resuelto, cuando el estado de mis pobres intereses me lo permita, ir á reunirme con las únicas personas que aun pueden hacerme llevadera la vida. Adios.

El anciano se desprendió de sus brazos: los esposos se recogieron mutuamente en los suyos, abatidos y desconsolados por el dolor de su anciano amigo.

## III.

## LA PRINCESA DE ESTERHAZY.

Dos damas de elegante porte y de distinguidos modales seguian en voz baja esta interesante conversacion, paseando por una de las largas calles de álamos frondosos de que se halla rodeado el suntuoso palacio del principe Shwartzemberg:

— Princesa, habeis tenido una idea celestial.

— Madama Lobkaer, bien segura estaba yo de que os pareceria admirable.

— Presumo que no lo direis con segunda intencion.

— Nada de eso. ¿Qué tiene de extraño que habiendo sido su discipula tanto tiempo, os hayais dejado seducir por el genio de vuestro maestro?

— Y bien, princesa, no me causa rubor el confesarlo. Destinada á ser un dia esposa de uno de los potentados mas ilustres de Alemania, rodeada de grandezas y de aparato, mi corazón sentia un vacío inmenso que no podian llenar todas las riquezas de la tierra. La casualidad, que mal dije, el destino (y cuando he dicho el destino, ya podeis suponer que hablo de la desgracia) me hizo conocer en casa del baron de Wan-Swieten...

— ¿El bibliotecario del emperador?

— El mismo. A su intimo amigo, el generoso Haydn. A pesar de que su persona no tenia grandes atractivos, pues no se me ocultó que era bajo de estatura y poco airoso de talle, sentí, sin embargo, una extraña conmocion en todas las fibras de mi cuerpo la primera vez que clavó en mí sus ojos melancólicos y expresivos.

— Y aun me parece que os dura la impresion que os causaron sus miradas.

— ¡Ah! No las he olvidado. Porque, vos lo sabeis, hermosa princesa, nuestro orgullo y nuestra vanidad de mujeres nos hace aceptar con sonrisa y aun casi con agradecimiento las ojeadas de los cortesanos y de los adoradores que por interés, egoismo ó respeto á la hermosa, ó cuando mas por galanteria y amor, nos rinden estos obsequios; pero cuando descubrimos el fondo del corazón en el cristal de unos ojos, cuando un instinto superior nos hace conocer que en el ardor de aquella pupila está reconcentrado todo el fuego del alma, entonces... entonces no la olvidamos.

— Sí, bien decis, mi amable baronesa.

— Os confieso que habia merecido á mil adoradores otras mas tiernas y fascinadoras, mas dulces y voluptuosas; pero en los ojos de ninguno brillaba aquella luz misteriosa é indefinible que ilumina hasta el fondo de nuestra alma y la hace soñar en la felicidad duradera. Haydn debió conocer que yo hacia justicia á sus sentimientos, y que estaba intimamente convencida de que su pasion era profunda y eterna. Referir nuestras relaciones amistosas, los sacrificios que mutuamente nos impusimos para dominar nuestros sentimientos, seria largo y enojoso para vos: básteos saber, que convencidos de la inutilidad de nuestros esfuerzos, tuvimos que poner entre nuestro amor el infinito espacio de los mares.

— ¡Qué dolorosa es la victoria cuando se compra con la fuga y cuando se expia con eternas lágrimas!

— Y debeis añadir: ¡cuando continuamente nos arrepentimos despues de haber triunfado! ¡Perdonad mis acaso inconsideradas palabras! Pero es muy triste tener que renunciar á lo único que nos ha parecido celestial sobre la tierra.

— Haydn no podia perteneceros, era casado.

— Sí, pero su corazón era mio. Su agradecimiento á Keller, al pobre peluquero que lo admitió en su miserable guardilla cuando él se vió abandonado de todos, fué lo que le hizo ser generoso y enlazarse con la hija de su favorecedor.

— ¿Pero él la amaba?

— Por agradecimiento tambien. Porque en su alma noble habian hecho impresion las palabras de ternura que la mereció en su desgracia; porque le era sensible, conociendo el amor que le habia inspirado, no pagárselo con cariño, y en fin, porque á los ojos del mundo la habia obsequiado, y esto comprometia, segun la gente habladora, la reputacion de la doncella. Haydn era noble y aceptó las consecuencias de su amabilidad. ¡Se casó!

— ¿Y ha sido infeliz?

— Forzosamente; porque él habia encontrado una compañera para sus goces materiales, pero no una amiga para consolar su espíritu. Haydn no cabia en el corazón de Anita, y Anita no podia nunca llenar el alma grande de aquel genio sublime.

— ¿Creo que se divorciaron?

— Sí, porque sus disgustos de familia llegaron á ser intolerables; pero aun en esto Haydn se portó con la grandeza que le es característica, y la dotó con generosidad, atendiendo á cuanto necesitara.

— ¿Os escribais, segun eso?

— Alguna carta de cuando en cuando; pero en ellas

solo hablábamos de nuestro amor ideal. Yo sabia toda su vida por Metastasio, su amigo, que habitaba en la misma casa.

— Conozco vuestro verdadero amor en el deseo que tenéis de disculparle. Pero y qué, querida baronesa, ¿estais persuadida de que á vos solamente ha amado Haydn?

— Por lo menos estoy convencida de que mi amor ha sido el único que ha hecho época en su vida. Aquel era el hombre predestinado para realizar mis sueños de esperanza; el ángel que hubiera acertado á consolar mis penas y cantar mis placeres: en fin, el que me estaba destinado para objeto de adoracion sobre la tierra. Pues yo nunca he dudado que solo un hombre es el que puede amarnos con el cariño de Dios, y que si ese no llega á presentarse á nuestra vista, en vano nos ilusionariamos con la idea de que somos dichosas con el amor de los demás. Por igual razon comprendia yo, que únicamente mi pasion podia arrebatarme, y que yo era tambien la mujer predestinada á servirle de ídolo sobre la tierra. Yo que le adivinaba y conocia la pureza de sus sentimientos, y que correspondia con todo mi corazón á su ternura, estoy intimamente persuadida que cuando llegan á encontrarse dos almas formadas la una para la otra, en vano es querer evitarse y huir de su mútuo encadenamiento; las barreras caen, los inconvenientes desaparecen, y la pasion las ensalza irresistiblemente. Por eso nos amábamos, aunque desesperando de llegar jamás á reunirnos.

— ¿Y Boselli? la amable cantante que estaba al servicio del principe, ¿no compartió su amor?

— Os confieso que ha sido la única ocasion en que le creí culpable. Pero ¿cómo habia yo de exigir que jamás, ni aun por pasatiempo, se distrajera con otro amor, de la desventura de los míos? Además, ¿sabeis por qué la obsequió? ¡Ah! es una locura; pero fué una disculpa para mis celos. Boselli se me parecia extraordinariamente.

— ¿La amó como á vuestro retrato? ¡Ah baronesa! ¡Lo que es sensible es, que pasiones tan verdaderas como la vuestra mueran sin fruto, y se apaguen en el corazón sin haber brillado! Creo que me excusareis tantas preguntas, y que estareis convencida de que no tengo otro objeto al hacéroselas, que el estar al corriente de vuestros antiguos padecimientos para acertar mejor á consolarlos.

— ¡Qué amable y qué buena sois para mí, princesa!

— Vamos: id poco á poco recobrando vuestra natural alegría, y por Dios, que desaparezcan pronto de vuestra frente esas mil ideas tristes y melancólicas que la anublan y oscurecen. Ya se acerca la hora de vuestro triunfo: y digo vuestro, porque sé que os interesan como propios los de Haydn. Ved ya por los balcones las ráfagas de luz que iluminan las espaciosas salas; escuchad el ruido de los instrumentos que empiezan á templarse, y observad ya las sombras confusas que se dibujan en las paredes, de las numerosas parejas que acuden á vuestra funcion. La noche será magnífica. El triunfo completo. Venid, amiga mia, venid.

Llegaron en esto á la entrada del palacio, y subiendo por una anchurosa escalera adornada de macetas y alumbrada con brillantes reverberos, desaparecieron entre los grupos de la gente que acudia á la solemne funcion del principe Shwartzemberg.

## IV.

## EL CONCIERTO.

La Creacion de Haydn, la sublime fantasia del inspirado músico, el canto mas sentido y armonioso del Cisne de Alemania, aquella obra magistral, fruto de su imaginacion profunda y poderosa, se iba á ejecutar en los salones del principe, con toda la pompa y aparato que merecia composicion tan admirable.

Cerca de doscientos instrumentistas de los mas hábiles y distinguidos, en aquel país privilegiado para producir notables profesores, y gran número de cantantes, entre los que llamaban particularmente la atencion los célebres Weitmuller, Radichi y la señora Fischer de Berlin, asistian á tan interesante reunion, para contribuir con sus talentos al mas brillante resultado del concierto.

Salieri, director de orquesta, hacia ya largo rato que esperaba en su asiento el momento solemne de dar principio, y sus ojos no se separaban un solo instante de la puerta marmórea del dorado salon, ansiando en cada persona que entraba reconocer al gran maestro.

La impaciencia era general, la desazon y desconuelo de los concurrentes visible, girando su conversacion sobre sus recelos de ver sin efecto tan magníficos preparativos.

— Habrá vuelto á recaer; decia á un grupo de caballeros la condesa de Hum. Está ya tan quebrantado su cuerpo como postrado su espíritu. ¡Pobre anciano!

— Esta mañana se encontraba perfectamente, murmuró con voz clara, aunque conmovida, la baronesa de Lobkaer.

— Así es, continuó la princesa de Esterhazy, para evitar que repararan en la turbacion de su querida

amiga. Hoy hemos estado conversando un rato con Haydn; y ó bien sean las agradables noticias que teníamos que darle, ó bien que la esperanza de verse tan obsequiado le hubiesen prestado animación y energía, lo cierto es que se sentía con fuerzas el cuerpo, y con alegría el corazón.

(Se continuará.)

## Esqueleto

DE

TROGLODITA ENCONTRADO  
CERCA DE MENTON.

Menton 20 de abril  
de 1872.

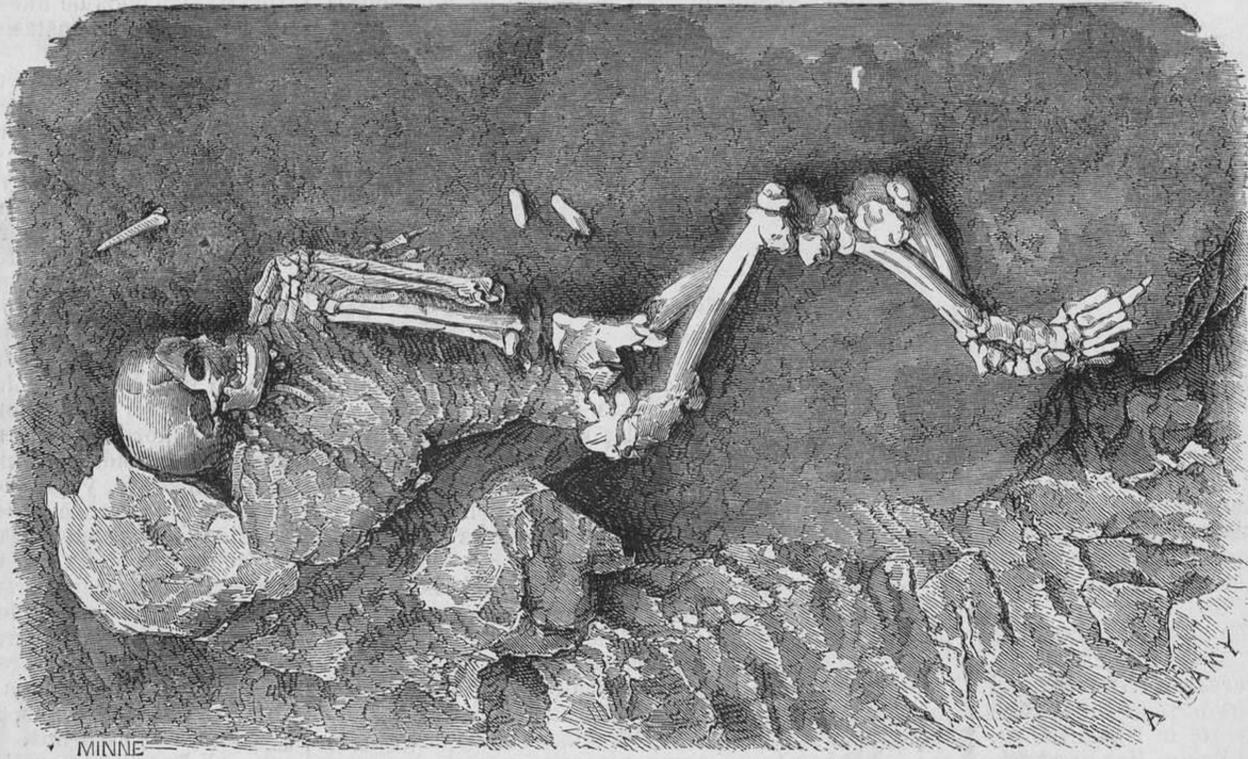
Hallábame de paseo por las inmediaciones de Menton, cuando el acaso y el olfato particular de los artistas, hizo que me alargara hacia las rocas de las Grutas Rojas. Sorprendióme la lluvia, y el único abrigo que se me ofreció para ponerme á cubierto, fué la entrada de una de esas mismas grutas, mas interesante á la verdad, de lejos que de cerca. Sin embargo, grande fué la recompensa de los esfuerzos que tuve que hacer para penetrar en aquella caverna que se encuentra á 60 ú 80 metros sobre el nivel del mar: júzguese de mi sorpresa en presencia del espectáculo que tenía delante.

Vi un hombre arrodillado delante de un inmenso esqueleto, y tan absorbido que no había notado que estaba yo allí, por lo cual me fué preciso entablar conversacion sin ceremonia.

Era el sabio doctor Rivière, quien me dijo que acababa de asistir á un descubrimiento tan raro como interesante, el descubrimiento del cadáver de un Troglodita.

Al mismo tiempo me manifestó que el gobierno francés le había encargado una misión científica que tenía por objeto el estudio de la historia natural fósil y prehistórica de la Liguria.

Después de haber descubierto en las canteras contiguas una inmensa cantidad de huesos, dientes y cuernos fósiles pertenecientes á los osos, los gigantes ciervos, los rinocerontes, hienas y otros cuadrúpedos de la época jurásica, que ha enviado á los museos



MENTON. — Esqueleto de troglodita hallado en las Grutas Rojas.



MENTON. — Vista de las Grutas Rojas.

del gobierno, el doctor Rivière se ha ocupado últimamente en hacer excavaciones en las cavernas.

El esqueleto que acaba de descubrirse encontraba bajo una capa de algunos metros de tierra, y su estado de conservación es muy notable y sorprendente en razón á su edad, imposible de apreciar con exactitud, pero que se cree debe remontar á siglos anteriores á los tiempos históricos. El análisis de la tierra en que se ha hallado, dará probablemente alguna luz sobre el asunto.

En torno del esqueleto había muchos objetos de la edad de piedra, hachas, puntas, etc., y punzones de hueso que debieron trabajar por medio del roce.

El hallazgo de esta curiosidad ha hecho tanto ruido en Menton, que el gobierno italiano en cuyo territorio estaba, se ha opuesto á que se saque el esqueleto, y hay una guardia de aduaneros armados con carabinas que guardan la entrada de la caverna.

Tales son las noticias que he podido recoger y que reuno á la fotografía y á mi dibujo, que representa exactamente la vista interior de la gruta en el mismo instante del descubrimiento. En cuanto á la fotografía, ha sido sacada por el señor Anfossi, de Menton, á quien el doctor Rivière ha encargado la reproducción de mas de dos mil objetos, hallados en sus diversas exploraciones.

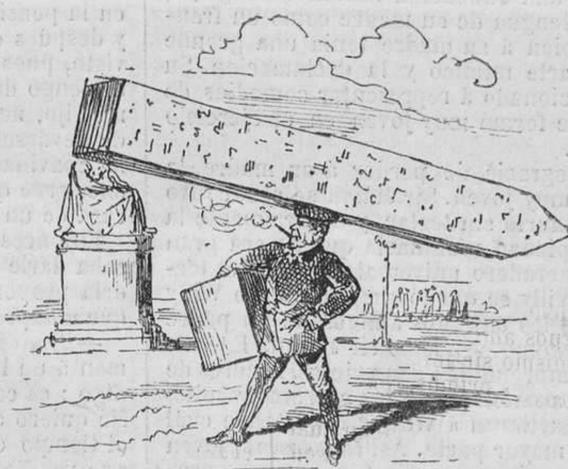
P. D. El asunto del Troglodita ha tomado las proporciones de un incidente diplomático, se han cruzado notas entre el gabinete italiano y la cancillería de Versalles, sosteniendo esta última los derechos del doctor Rivière, autor del descubrimiento, y respondiendo el ministro italiano que el descubrimiento hecho en el territorio del gobierno peninsular, no podía trasladarse al extranjero sin su licencia. Por fin la Francia ha ganado la causa, y acabo de saber en este instante que el doctor Rivière va á empaquetar cuidadosamente con dirección á la Academia de ciencias, el esqueleto cuya personalidad se acentuará mucho mas aun dentro de breves días.

A. T.

ACTUALIDADES PARISIENSES, POR BERTALL.



Como á pesar de la vigilancia de la autoridad, roban los cañones de Vincennes, no tiene limites la audacia de los ladrones.



Difúndese la noticia de que el obelisco será robado el domingo próximo, á las cuatro de la tarde, con pedestal y todo, en medio de la plaza de la Concordia.



Sábese tambien que han concebido la culpable idea de apoderarse de la cúpula del cuartel de los Inválidos, dorada recientemente.



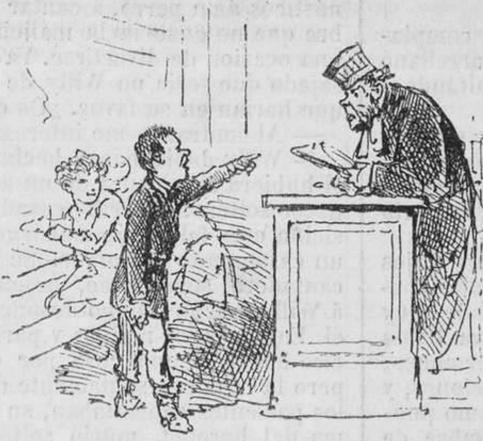
— Guardian, cuidado; pues nos han dicho que van á robar las torres de la iglesia de Nuestra Señora.



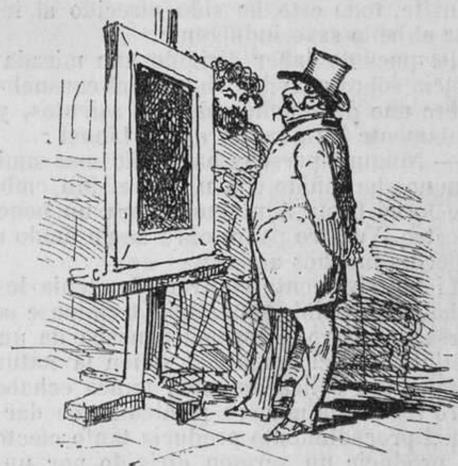
**Las perdices del Eliseo.**  
— Se dirá que estas perdices que van á figurar en el banquete, se mataron antes de la veda, y que se conservaban en el guarda-mueble.



**Las perdices del Eliseo.**  
— Sí, ciudadano, si estas perdices han tenido el honor de aparecer en la mesa del Eliseo, es que su estado de descomposicion lo permitia.



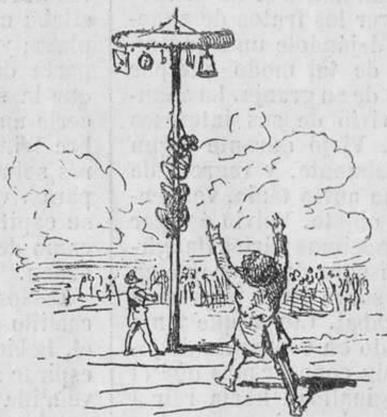
**Libertad de enseñanza.**  
— Pido al ciudadano profesor, que antes de tomarnos leccion, se sirva hacernos su profesion de fe.



**La critica.**  
Su cuadro de Vd. me es indiferente; lo que tengo que ver es su opinion.



**Los viajeros políticos.**  
Con balcon portátil para la elocuencia ambulante.



**Para las futuras elecciones.**  
— ¿Quién se llevará el premio?



— Lo cierto es que el Vaso de plata pertenece al teatro de los Bufos Parisienses.



— Doctor, yo no transijo; dígame primero su opinion política, y despues me pondré en cura.



— ¡Rechazado por el jurado á causa de opiniones políticas!



**La voz de las mujeres.**  
— Señor diputado, para reparar las pérdidas de la Francia, os pedimos que reclameis el casamiento obligatorio.



**El diputado entre sus electores.**  
— Veamos lo que queréis.  
— La República.  
— La Commune.  
— La Monarquía.  
— El Imperio.  
— Seguid en Versalles.  
— Volved á Paris.  
— Sé lo que queréis; hasta la vuelta.

## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,008.)

El coronel entró en su salon. Era una obra maestra de belleza y de elegancia. Tal vez se notaba en aquella habitacion un gusto demasiado afeminado, pero todo lo que se observaba en ella denotaba menos los gustos del coronel que su popularidad para con el bello sexo. Todas aquellas lindas cosas eran regalos de procedencia femenina. Los asientos de la silleria habian sido bordados por manos delicadas, esas porcelanas de Sevres sobre las consolas, ese reloj colocado sobre la chimenea, esos tinteros, esa plegadera, ese candelero, son regalos que le han hecho en dias señalados. El perrito blanco de lanas rizadas que da un salto sobre la alfombra para acariciarle á su llegada, las flores que adornan aquellos jarrones, el piano, la urna para depositar las tarjetas llena de esquelas de convite, todo esto ha sido ofrecido al ingrato cèlibe por el bello sexo indulgente.

Despues de haber dirigido una mirada de complacencia sobre aquellos objetos, el coronel se arrellanó sobre uno de aquellos blandos asientos, y quitándose lentamente los guantes dijo á Lionel:

— Ninguna persona ha tenido mas amigos que yo, y nunca he reñido con ninguno. Sin embargo, nunca presté mi firma á ninguno para un negocio como el vuestro. Vuestro padre obró de un modo muy distinto y perdió muchos amigos.

Lionel vivamente contrariado, tenia los ojos bajos anhelando visiblemente que terminase aquella conversacion, pero el coronel pensaba de un modo muy distinto. Aquel hombre á quien la naturaleza habia dotado tan delicadamente, nunca echaba sermones; pero tenia una manera particular de dar lecciones, y aquel procedimiento producía tanto efecto como puede producir un sermón dirigido por un hombre de mundo á un jóven impaciente.

— Si, repuso Morley, la historia es muy sabida. Siempre se empieza por abonar á un amigo. Entra el descrédito, pero uno se familiariza con esa idea de falsa apariencia, de generosa confianza hácia otra persona. Despues, decís interiormente, lo que se hace por un amigo puede hacerlo otro amigo por vos. Ciento ó doscientas libras os vendrán ahora muy bien, teniendo la seguridad de poder devolverlas á los tres meses. Para la juventud el porvenir es tan seguro como el Banco de Londres y tan remoto como la cordillera del Himalaya. Jurais por vuestro honor que dentro de tres meses librareis á vuestro amigo de su compromiso. Espiran los tres meses. Para cumplir con un amigo comprometéis á otro. Renovais el pagaré incluyendo en el nuevo el valor del primero mas los intereses. Aumenta la deuda y vuestra tranquilidad disminuye, circulando vuestro nombre en un papel dudoso. Empezais por lo que llamais tener confianza en un amigo, esto es, por ayudarle á arruinarse; concludis por arrastrar al abismo á todo el que se acerque á vos, sea quien sea. Lionel Houghton, la expresion mas dolorosa que yo advertí nunca en el rostro de vuestro padre fué cuando... cuando... Pero es preciso que os refiera esta historia.

— No, coronel. Evitadme esa relacion. Puesto que poneis en ello tanto empeño haré la promesa que exigís de mí. Esto debe satisfaceros, pero mi padre...

— Era tan honrado como vos cuando estampó su firma en la letra de cambio de un amigo, y tal vez tenia la misma repugnancia que vos á prometer no volver á hacerlo. Dejadme que os refiera la historia de que os hablo. Si no paso de aquí, dentro de un año ó dos, habreis olvidado todo lo que acabo de deciros, y si prosigo jamás lo olvidareis. Hay otros ejemplos además del de vuestro padre. Voy á citaros uno.

Lionel se resignó á la operacion ocultándose el rostro con su pañuelo como si tomara el cloroformo.

— En mi juventud, dijo el coronel, hizo la casualidad que conociera á un hombre de un carácter sumamente raro, os fascinaba como Darrell; pero de una manera muy diferente. Nosotros le llamábamos Willy... Ya sabeis lo que son esas personas á quienes todos llaman por su nombre de pila en el diminutivo familiar; parece que no creen, que no se elevan nunca. De mí sé decir que á todos los hombres á quienes he oido llamar Willy hace treinta años, les he visto, sin excepcion, terminar de una manera lamentable. La madre de Willy era una célebre actriz francesa y su padre un rico baronet, hombre medio sensato y medio loco, medio dandy y medio plebeyo. Su título se ha extinguido en la actualidad. Se llamaba sir Julian Losely.

— ¡ Losely! repitió Lionel.

— Sí, ¿conoceis ese apellido?

— Lo oí pronunciar ayer por la primera vez. Ya os diré cómo cuando concluyais vuestra historia. Proseguid.

— Sir Julian Losely, el padre de Willy, vivía matrimonialmente con aquella actriz francesa, y educó á

Willy en su casa con tanto orgullo y ternura como si quisiera hacerle su heredero. El pobre muchacho recibió, segun creo, una educacion bastante irregular, aunque hablaba la lengua de su madre como un francés, y gracias tambien á su madre tenia una grande habilidad para el arte mimico y la declamacion. Su padre era muy aficionado á representar comedias de sociedad, y Willy se formó muy jóven en el ejercicio del arte dramático.

Willy tuvo la desgracia de perder á su madre, la actriz, siendo aun muy jóven. Sir Julian se casó; tuvo una hija legitima, murió sin testar, y naturalmente la hija heredó la propiedad mobiliaria que no era gran cosa, mientras el heredero universal adquirió el territorio y el pobre Willy se quedó sin nada. Pero Willy era muy querido de los antiguos amigos de su padre que eran tan locos como el mismo sir Julian. En este número estaban comprendidos dos primos, señores de hermosos castillos, apasionados á las carreras, y solterones. Estos se repartieron á Willy y disputaban cuál de ellos llevaria la mayor parte. Así llegó aquel jóven á la edad de hombre sin un medio fijo de vivir, pero bien recibido siempre, no solamente en casa de los dos primos, sino tambien en todas aquellas donde como el ave de Milton, «iba á alegrar con su canto la triste noche.» Era efectivamente el compañero mas alegre que puede concebirse. Excelente tirador, jinete de primer orden, conocia todas las astucias de todos los animales, de todos los peces, de todas las aves; yo creo que hubiera enseñado á hacer ejercicios gimnásticos á un perro, á cantar á un buho. Era un hombre que no conocia la malicia, que no perdía nunca una ocasion de divertirse. Ya podeis figuraros lo agasajado que seria un Willy de esta especie, y lo poco que harian en su favor. ¿Os cansa mi relacion?

— Al contrario, me interesa en extremo.

— Willy debía haber hecho una cosa por su bien, si hubiera sido capaz de un acto de cordura; permanecer soltero. Un Willy casado, se coloca en una posicion muy falsa; sin embargo, mi Willy se casó; hizo un casamiento por amor. Se casó con una jóven encantadora, segun creo, (nunca la vi, porque yo conocí á Willy mucho tiempo despues) pero tan pobre como él. Entonces los amigos y parientes dijeron: «es preciso hacer alguna cosa por ese pobre muchacho;» pero la cosa era sumamente difícil de hacer. Mientras los parientes consultaban, su hermana, la hija legitima del baronet, murió soltera, y aunque no habia querido verle en su vida, le dejó dos mil libras.

— Yo sé lo que le conviene, dijo uno de los primos. Willy es aficionado con extremo al campo. Se hará que arriende una buena finca mediante una renta nominal. Con sus dos mil libras comprará ganado, y su granja rodeada de bosques, será un magnífico punto de reunion para los cazadores.

Willy se instaló en aquella granja y admiró á sus amigos por lo bien que la administraba. En el momento en que empezaba á recoger los frutos de aquella nueva vida, murió su mujer dejándole un hijo único, y aquella pérdida le afectó de tal modo que por algun tiempo no pudo ocuparse de su granja. La abandonó, capitalizó sus rentas y vivió de sus intereses como un verdadero gentleman. Viajó durante algun tiempo por Europa, á pié generalmente, y regresó de su viaje con el alegre humor que antes tenia, volviendo á seguir su antigua vida sin objeto. Volvió á vagar de castillo en castillo, y así le conocimos Carlos Houghton y yo... Debo detenerme aquí para declarar que en aquella época Willy Losely hizo sobre mí la impresion de un hombre de bien á carta cabal. Cierzo que tenia poca formalidad, que habia vivido en compania de jóvenes locos y de vida disipada sin conocer mas que el placer; por su alegría y su originalidad hacia reír á veces á los que le trataban; pero sin embargo, yo hubiera hecho observar entonces á cualquiera que el mismo Bayardo, y Bayardo no era un santo, no hubiera sido mas incapaz que él de una accion desleal, vergonzosa, despreciable. Hay mas, en punto á integridad su caballerosidad rayaba en quijotismo. Si cualquiera le pedia prestado, Willy echaba al momento la mano al bolsillo; pero aunque vivia en medio de gentes ricas, jamás Willy apeló al bolsillo de sus amigos, jamás les pidió prestado, jamás les debió nada. Aceptaba su hospitalidad, usaba ampliamente de su mesa, de sus caballos, de sus perros; pero de su dinero, no. En cambio se mostraba con su huésped el mas agradable convidado que un anfitrión puede recibir en su casa. ¡Pobre Willy! aun me parece contemplar su amable sonrisa, oír sus chistes de buen género; su voz vibraba como la de un estudiante en tiempo de vacaciones. ¡Él, un malvado! Antes hubiera dudado de la luz del sol en pleno día. Me acuerdo que cierto día volviendo de caza, y habiéndonos adelantado á nuestros compañeros, tuvimos una corta conversacion que me conmovió profundamente, porque me hizo ver que Willy ocultaba bajo su ligereza un admirable buen sentido y nobles sentimientos. Preguntándole por su hijo que estaba en el colegio le dije: ¿Por qué ya que estamos en las fiestas de Navidad habeis rehusado la invitacion que os ha hecho nuestro huésped de hacer venir á ese niño á pasar aquí sus vacaciones?

— No, respondió, no creais que yo dejaré que mi hijo sea un loco y un haragan como su padre. Su compania es la alegría de mi vida. Cuando tengo bastante repleto mi bolsillo para conseguir esa alegría, alquilo una habitacion tranquila cerca de su colegio para gozar de su compania yo solo desde el sábado hasta el lunes. Allí al menos no oye á esos locos lla-

marme Willy y pedir que les dé una muestra de mi talento de actor. De ese modo esperaba haber pasado con él estas vacaciones, pero el gasto que ha hecho en la pension ha sido mas elevado que de costumbre, y despues de pagarlo no me ha quedado nada. Me he visto, pues, en la precision de venir á vivir aquí donde tengo de balde la manutencion. El tio materno de mi hijo, negociante respetable, ha tenido la bondad de llevarsele á su casa estos dias; pero á mí no me ha convidado porque su mujer, y no la vitupero por ello, cree que un loco como yo no estaria bien en la casa de un honrado ciudadano.

Entonces pregunté á Willy Losely qué carrera pensaba darle á su hijo, dándole á entender que yo podría proporcionarle una charretera, sin que tuviera que comprarla.

— No, dijo Willy, yo sé lo que es erigir en gentleman á un hombre sin mas capital que el de un mendigo: es colocarle entre el descontento y la tentacion. No quiero que el hijo de la mujer que he perdido pase el tiempo como yo. Y despues él será mas mimado que yo. No podeis figuraros un niño mas hermoso y además intrepido como un leon. Una vez en esa compania (y al mismo tiempo me señaló á su espalda algunos de nuestros compañeros de casa cuyas estrepitosas risas llegaban entonces á nuestros oídos) una vez en esa compania no podría salir de ella nunca y no serviría para nada. Yo juré á su madre en su lecho de muerte que le educaria para que evitase mis errores, juré no hacer de él un parásito, juré educarle conforme á su verdadera posicion, la de los parientes de su madre (yo no tengo posicion) y con tal de que llegue á ser un dia un honrado negociante inglés, un hombre respetable, probó, igual á los que ocupan el mas elevado puesto en la estimacion pública, con tal de que no tenga que sufrir los caprichos del rico ni los sarcasmos del pobre, habré satisfecho mi ambicion. Ya comprendereis ahora, caballero, por qué no está mi hijo aquí conmigo.

El padre que empleaba semejante lenguaje, ¿no tenia toda la apariencia de un hombre honrado? ¿Qué pensais vos, Lionel?

— ¡Oh! sí, el corazón de un verdadero gentleman.

— Yo tambien lo creia así y eso que me preciaba de hombre de mundo. Despues de aquella conversacion abandoné el techo de nuestro huésped, y no volví á ver á William Losely mas que una ó dos veces en algunos castillos; debo decir en honor de la verdad que sus principales parientes y amigos no eran precisamente de mi círculo. Pero vuestro padre prosiguió viendo á Willy con bastante frecuencia, se agradaban mutuamente. Charlie, como sabeis, era de alegre humor y muy aficionado á comedias, de modo que se hicieron muy amigos. Algunos años despues, justamente por aquel tiempo en que vendió su posesion de Middlesex, tuvo una urgente necesidad de mil doscientas libras. Encontró quien le diese dinero, pero necesitaba un fiador. Su firma tenia muy poco valor en la plaza; y ya habia agotado la complacencia de la mayor parte de sus amigos, cuya firma era mas estimada que la suya por las personas que consentian en hacerle un préstamo. En una hora fatal supo que el pobre Willy tenia mil quinientas libras colocadas á interés sobre una finca, las cuales le daban lo suficiente para vivir y era lo único que poseia, pues el resto de su capital lo habia gastado para establecer á su hijo como dependiente de una casa de comercio de primer orden.

Carlos Houghton fué por aquel tiempo á cazar al castillo donde Willy habia sido convidado; cazó con él, bebió con él, habló con él, y le probó que antes de espirar los tres meses la posesion de Middlesex seria vendida y el billete pagado. Willy podia fiarse en su palabra de honor. Y en efecto, Willy se fió de él; le sucedió lo mismo que á vos: no tuvo valor para negarse á lo que su amigo le pedia. Vuestro padre estoy seguro de que tenia la intencion de pagar á Willy, porque jamás pudo tener sangre fria para hacer mal á ningun amigo; pero vuestro padre era jugador, y tuvo que anteponer el pago de una deuda de juego al de la letra de cambio que cumplia. Las mil doscientas libras desaparecieron. Como vuestro padre no tenia un penique, el prestamista reclamó á Willy, y este seguro de que Carlos Houghton cumpliria aun su promesa, renovó la letra por otros tres términos al precio de una enorme usura. Pasaron los tres meses y Willy vino á Londres á buscar á vuestro padre que estaba oculto sin atreverse á dar un paso con el temor de ser preso. Willy no tuvo entonces mas remedio que pagar. Cuando vuestro padre supo cómo se habia pagado aquella deuda, cómo la usura habia consumido todo el pequeño capital de Willy, entonces vi el rostro de Carlos Houghton, tan alegre otras veces, con la expresion del mas profundo dolor. Estoy seguro de que todas las alegrías que vuestro padre experimentó en su vida dedicada al placer, eran muy pequeñas en comparacion de la angustia y los remordimientos que sufrió en aquel momento. Respeto vuestra emocion, Lionel; pero habeis empezado como empezé vuestro padre, y ha sido necesario que yo os cuente esta historia para que no tengais su mismo fin.

Lionel continuaba con el rostro oculto y únicamente interrumpió la relacion del coronel por medio de comprimidos sollozos. Alban Morley prosiguió:

— Indudablemente aquel miserable, hablo de William Losely, porque despues probó que era un miserable, aquel miserable tenia el carácter mas dulce, mas indulgente del mundo. Pudo ir á buscar á todos

los parientes y amigos de Carlos Houghton para decirles cómo le había perdido con tan solemnes promesas; pero no, tal revelación hubiera arrebatado á Carlos Houghton la última esperanza de volver á marchar con la cabeza erguida, y el mismo Carlos me refirió (porque por él supe yo esta historia), las palabras de despedida que le dirigió Willy :

— No os desconsoléis, Charlie; mi hijo está ya establecido, y en cuanto á mí, soy como los gatos, que tienen siete vidas, y siempre caeré de pies aunque me arrojen desde lo alto de una guardilla; no os aflijáis.

William Losely guardó el secreto, encargando al prestamista que no lo divulgase. ¡Pobre Willy! Solo una vez he pedido prestado á un amigo mas rico que yo, y fué en aquella ocasión. Fui á buscar á Guy Darrell, que tenía entonces una rica clientela y le dije :

— Prestadme mil libras, en la inteligencia de que acaso no os podré pagar nunca.

— Cinco mil si queréis, me respondió Darrell.

— No, con mil tengo bastante. Cogí el dinero y se lo envié á Willy. ¡Ah! me las devolvió diciendo que la Providencia era muy buena para él; acababa de encontrar un empleo magnífico. El gato había vuelto á caer de pies. Willy me rogaba que consolase á Carlos Houghton con aquella noticia. El dinero volvió á casa de Darrell, de donde acaso no tardaría en salir para los acreedores de Carlos Houghton.

Hé aquí ahora lo que era aquel destino. En el castillo donde Willy acudió en su apuro, encontró una persona extraña, no un pariente, que le dijo :

— Vos vivís con esta gente, matais su caza, dirigís sus caballos, cuidáis de sus granjas, y ¡no os dan nada! Ya no sois muy joven, deberíais procurar guardar vuestra pequeña renta y aumentarla. Venid á vivir conmigo, y os daré trescientas libras al año. He despedido á mi mayordomo, ocupad su puesto; pero sed mi amigo.

William Losely, como era natural, aceptó su invitación. Aquel señor se llamaba Gunston; yo le conocía de otras veces (sabido es que yo conozco á todo el mundo). Era un viejo solterón, de un temperamento bilioso, triste, indolente, misántropo. En una posición magnífica que todos admiraban, y con riquezas considerables universalmente envidiadas, vivía casi solo, meditando sobre la amargura de la vida y lo efímero de los bienes terrenales. Encontró á Willy en aquel castillo, donde por una especie de predestinación, dando una tregua á su misantropía habitual, se había dejado atraer, y donde por la primera vez después de muchos años se le había oído reír, y dijo entre sí :

— Hé aquí un hombre que me divierte.

William Losely consiguió hacer tomar al viejo misántropo cierto apego á la vida, y cuando el ricachón vió que los negocios podían llegar á adquirir cierto atractivo, tomó interés por su casa, sus jardines y sus propiedades. Por gozar de la amena compañía de William, se puso á recorrer sus posesiones á caballo, y hasta se armó de un fusil en sus expediciones. Entre tanto sus propiedades, según me dijeron, estaban bien administradas. ¡Ah! ¡Willy era un genio! Era un hombre que había nacido para dirigir los negocios de todo el mundo, excepto los suyos. Todas aquellas noticias las recibí con placer; pero un día cierto sportsman me dijo en Tattersall : ¿No sabéis que Willy Losely está preso por haber robado á su principal?

— ¡Robado! imposible, exclamó Lionel.

— Mi querido Lionel, desde que supe aquella noticia adopté esta grande máxima que nunca he olvidado : *nil admirari*.

— Pero sin duda era inocente.

— Al contrario, confesó y le prendieron; en el tribunal se reconoció culpable y con arreglo al código fué condenado. Los que conocían á Willy dijeron que Gunston no debía haberle llevado á los tribunales; porque Willy, añadan, había sido hasta entonces un mayordomo fiel; por sus manos habían pasado todas las rentas, en las ventas para madera de construcción hubiera podido robar sin ser descubierto doble de lo que le acusaban haber robado; sin duda había perdido momentáneamente la razón; aquel hombre tan rico debía haberle dejado marchar libre. Pero yo me pongo de parte de Gunston el rico. Su última creencia en el género humano se había desvanecido; debía mostrarse inexorable, porque ya nada podía divertirse ni interesarle. Y en efecto, se mostró inexorable y ven-gativo.

— Pero ¿qué prueba había?

— El proceso no arrojó mucha luz, porque como el procesado se declaró culpable, el tribunal solo tuvo que examinar las pruebas que bastaban para enviarle á una prisión. Los periódicos de Londres hablaron poco del proceso. William Losely era poco conocido en la capital. Su fama no había traspasado el círculo de los aficionados á las carreras; jóvenes, cuya mayor parte frecuentaban los antiguos castillos para entregarse á su placer favorito. Pero escuchad : este asunto me interesó de tal manera, que hice un resumen, no solo de lo que se trasladó públicamente, sino también de todos los principales detalles que pude adquirir particularmente... Tengo la costumbre de hacerlo siempre que alguno de mis conocidos se halla complicado en alguna causa en que entienden los tribunales.

El coronel se levantó, abrió un pequeño armario con cristales, cogió un volumen manuscrito que había en una de sus tablas, volvió á sentarse, ojeó sus páginas, buscó el sitio donde se encontraba aquella relación y leyó lo que sigue :

« Una tarde entró M. Gunston en la habitación particular de William Losely compuesta de dos ó tres piezas en uno de los ángulos de la casa, la cual formaba un cuadrángulo alrededor de un patio. Cuando William abrió á M. Gunston, este se admiró de la agitación que se notaba en su semblante. Después de hablar algun tiempo de cosas indiferentes, Losely dijo que asuntos particulares le llamaban á Londres por algunos días y que tenía necesidad de partir al día siguiente. Aquello desagradó á M. Gunston que hizo observar á Losely que en aquel momento era necesaria su presencia en la casa; le recordó que un proveedor que residía en un punto bastante distante, debía ir al día siguiente para cobrar el precio de cierta obra que aun estaba en discusión. ¿No podía esperar al menos ó terminar aquel negocio? Losely respondió que ya había terminado aquella diferencia por cartas, pidiendo al proveedor una reducción de precio á que aquel se había convenido, y que M. Gunston solo tendría que dar una letra para el saldo, es decir, doscientas setenta libras esterlinas. « Si no tuviérais la costumbre de hacer mis pagos con lo que recaudáis, dijo M. Gunston, sabríais que á mí me gusta pagar siempre en dinero, y así lo haré ahora porque tengo dinero en casa. »

« Hacedis muy mal en guardar en vuestra casa cantidades considerables, observó Losely. Podeis ser robado. » Gunston respondió : « Mas seguro me parece esto que colocar grandes sumas en un banco de provincia. Los bancos de provincias suelen quebrar. Mi abuelo perdió así mil libras; también mi padre hizo siempre sus pagos en metálico, y de cuando en cuando iba á Londres para hacer por sí mismo sus remesas. Yo sigo su ejemplo, y nunca me han robado un farthing, que yo sepa. ¿Quién se ha de atrever á robar una casa como esta que tiene tantos criados? » « Es cierto, dijo Losely... Entonces si estais seguro de tener el dinero suficiente, pagareis la cuenta y será un negocio concluido. Yo estaré de vuelta antes que Spark el contratista venga á cobrar las nuevas granjas que ha construido. Su cuenta importará seiscientas libras; pero la semana que viene, cobraré dinero por la madera del bosque y podré pagar á Spark. »

GUNSTON.

No, yo pagaré á Spark también con el dinero que tengo aquí, y el comerciante de maderas, pagará lo que me debe en casa de mi banquero de Londres.

LOSELY.

¿Creéis tener en vuestra casa lo suficiente para pagar esas dos cuentas?

GUNSTON.

Seguramente, en el cajón de mi mesa de escritorio. No sé cuánto habrá; siempre serán mil quinientas ó mil setecientas libras, no las he contado, porque soy un hombre que me cuido poco de esas cosas; pero estoy seguro de que hay mas de mil cuatrocientas libras.

Losely hizo observar entonces á M. Gunston con cierta gracia, que si no sabía el dinero que tenía no podría saber nunca si le robaban, y por consiguiente nunca sería robado, porque como dice Oteló :

Al que lo que no aprecia le han hurtado  
No direis en rigor que le han robado (1).

« Losely volvió á denotar cierta preocupacion, manifestándose impaciente por librarse de la presencia de M. Gunston, á quien dijo que tenía que ocuparse en examinar sus libros y escribir algunas cartas para marcharse temprano al día siguiente. »

El coronel levantó los ojos de su manuscrito y dijo : — Acaso penseis que estos diálogos son de mi invención á la manera de los dos historiadores antiguos; pero no es así. Os refiero lo que pasó, según me lo contó á mí Gunston palabra por palabra, y tengo motivos para creer que tenía una memoria bastante feliz.

« Entonces (Alban prosiguió su lectura) Gunston dejó solo á Willy y se fué á su gabinete donde tomó solo el té. Cuando se lo sirvió su ayuda de cámara le dijo que M. Losely marcharía al día siguiente por la mañana temprano á Londres, y le dió orden de que hiciese que le sirviesen el café antes de su marcha. El criado observó entonces que M. Losely parecía muy agitado en aquellos últimos días, y que tal vez se trataba de algun suceso desagradable que tendría alguna relación con el caballero que había ido á visitarle dos días antes. »

« Gunston no había oído hablar de aquella visita. Losely nada le había dicho. Cuando se retiró el criado, reflexionando Gunston en las observaciones de Losely, respecto á su dinero, resolvió asegurarse de lo que tenía en su escritorio. Abrió, examinó los cajones, y encontró encerrada en diferentes sitios y en

(1) He that is robbed, no wanting what is stolen  
Let him not knowit, und he is not robbed at all.

distintas épocas una suma mas considerable de lo que había creído, el oro y los billetes formaban un total de mil novecientas setenta y cinco libras esterlinas, de las cuales había unas trescientas libras en soberanos. Examinó con cuidado los billetes, y después no teniendo en qué emplear el tiempo, y para demostrar á Losely que sabía aprovecharse de su advertencia, tomó nota en su cartera de los números de los billetes, los colocó todos juntos en un cajón con el oro encerrándolos bajo llave y se fué á acostar. Al otro día (Losely había partido de madrugada), llegó á cobrar el proveedor; Gunston fué á su escritorio y notó que le faltaban doscientas cincuenta libras. No podía creer lo que veía con sus propios ojos. ¿Se habría engañado al contar? No. Examinó su cartera y advirtió que los billetes que faltaban estaban inscritos en ella. Entonces hizo el recuento de los soberanos. Le faltaban ciento cuarenta y dos. Le habían sustraído por consiguiente cerca de cuatrocientas libras. Al principio no concibió contra Losely la menor sospecha; pero interrogando á los criados, el ayuda de cámara declaró que á eso de las dos de la madrugada, le habían despertado los ladridos del perro, que por la noche estaba suelto en el patio de la casa. No sospechando que podrían ser ladrones, sino por el temor de que el perro despertase á su amo, salió por la ventana (el criado dormía en el piso bajo), para hacer callar al animal y vió en el ángulo opuesto de la casa una luz que se movía detrás de las vidrieras de la galería situada entre la habitación de M. Losely y el gabinete de M. Gunston. Sorprendiéndole aquella luz á semejante hora, se acercó á aquella parte de la casa y vió brillar la luz muy débilmente á través de las ventanas del gabinete. El criado esperó cerca de la pared durante algunos momentos, después volvió á brillar la luz en la galería y vió pasar rápidamente por delante de él una forma humana envuelta en una capa, que por su color particular reconoció que era la de Losely; pero antes de que aquella forma llegase á la mitad de la galería se apagó la luz y no vió ya nada. Se convenció de tal modo de que aquel hombre era Losely que cesó de concebir temor y sorpresa máxime al reflexionar que Losely, velando aquella noche mas que de costumbre para poner al corriente algunas cosas antes de su marcha, podía haber ido al gabinete de su amo para buscar algun libro ó algun papel que se habría dejado allí. El perro empezó á ladrar de nuevo con impaciencia, manifestando deseo de salir fuera de la casa, pero el criado le apaciguó poco á poco, y se volvió á acostar. Cuando se despertó fué inmediatamente á llevar el café á la habitación de Losely, pero Losely se había ya marchado. »

« Había otra circunstancia desfavorable á Losely. Investigando cómo podría haber abierto el ladrón aquel cajón cuya antigua y tosca cerradura, que estaba intacta, no podía abrirse fácilmente con las llaves modernas, apareció en la galería un clavo largo con la punta torcida, con el cual el jefe de la policía de aquel país (á quien habían llamado) abrió sin trabajo. Indudablemente el ladrón no debía haberse servido por la primera vez de un instrumento semejante, debía ser experimentado en el oficio. Esta consideración favorecía á primera vista á Losely, pero como era un hombre tan hábil para todas las invenciones mecánicas, y aquel clavo estaba justamente en un sitio por donde nadie mas que él podía haber pasado, fué una de las grandes pruebas invocadas contra él. Aquella prueba adquirió mas fuerza al descubrirse otros clavos de una forma semejante, sobre la chimenea de una pieza interior de su habitación, situada entre aquella en que había recibido á Gunston y su dormitorio, y que le servía á la vez de despacho y de taller. Además los clavos que eran muy largos, muy estrechos y con una cabeza gótica, fueron reconocidos por el carpintero, el cual declaró haberlos hecho según las instrucciones de Losely para un banco que iba á colocarse en el jardín en el sitio favorito de Gunston que había manifestado algunos días antes que le gustaria tener allí un asiento. »

Como á Gunston le repugnaba creer en la culpabilidad de Losely, marchó á Londres con el jefe de la policía y el ayuda de cámara. No les costó mucho trabajo encontrar á Losely; estaba en la habitación que su hijo ocupaba en la City, cerca de la casa de comercio donde estaba empleado. Cuando le hablaron del robo se manifestó al principio sorprendido, pero sin afectación y sin denotar ningun temor. Se le preguntó si había estado en el gabinete á las dos de la madrugada, y contestó negativamente :

— ¿A qué había yo de ir allí? dijo.

— Pero yo os he visto, exclamó el ayuda de cámara, os he reconocido por vuestra capa parda de embozos encarnados. Justamente está aquí sobre esa silla. Juro que es la misma.

Losely empezó entonces á temblar visiblemente, y se puso muy pálido. Le preguntaron después por el clavo, pero él parecía anonadado y murmuró :

— ¡Gran Dios! la capa; ¿y decís que habeis visto la capa?

Le registraron y le encontraron en los bolsillos algunos soberanos y un billete de banco de cinco libras esterlinas. El número del billete correspondía á uno de los inscritos en la cartera de Gunston. Entonces le preguntaron por la procedencia de aquel billete. Losely se negó á responder.

— Este es uno de los billetes que me han robado, dijo Gunston.

(Se continuará.)

## Samuel Morse

Los bienhechores de la humanidad no tienen patria, todos los países civilizados les deben homenajes y respetos. Al revés de los conquistadores militares que siembran por donde pasan la desolación y el luto, los conquistadores pacíficos no reciben más que bendiciones. Para ellos la posteridad comienza en vida, cuando tienen la buena suerte de asistir al triunfo definitivo de la idea que han concebido y ejecutado para aumentar la suma del bienestar de cada uno, contribuyendo así a desarrollar más eficazmente la felicidad de todos.

En este caso se encuentra Samuel Finley Breese Morse, el inventor del telégrafo eléctrico. Nacido el 27 de abril de 1791 en Charlestown, ha fallecido el 2 de abril de 1872 en Nueva York, en medio de su familia y en los brazos de sus amigos, los doctores Flint y Beardsley. Todo el mundo sabe lo que es la telegrafía eléctrica y qué lugar ocupa entre los ferro-carriles y la navegación de vapor, y todo el mundo conviene en que esas tres grandes aplicaciones de la ciencia a los usos cotidianos de la vida bastarían para inmortalizar a un siglo. No vacilemos pues, en descuidar un poco la invención, para ocuparnos del hombre cuya muerte ha sido un luto público en América.

El padre de Samuel, Jedediah Morse, pertenecía a la Iglesia y cultivaba con pasión las ciencias geográficas, habiéndonos dejado algunas obras, y sobre todo relaciones de viaje y de exploraciones que aun se estiman mucho. Con semejante padre, el hijo debía recibir una educación esmerada. Con efecto, el célebre colegio de Yale, en donde tomó sus grados en 1810, se envanece de haber contado entre sus alumnos al joven Samuel Morse. Siendo niño todavía cultivaba las letras y las ciencias y demostraba las más felices disposiciones; pero su verdadera vocación no estaba declarada todavía. Tenía también mucho talento para todas las artes del dibujo, hacia las cuales le arrastraba una inclinación apasionada. Su padre combatió esta tendencia, pero en vano: preciso fue tomar un partido decisivo y Jedediah, se resolvió en 1811 a enviar a Londres a Samuel Morse para que siguiera los cursos de la Academia real de pintura.

De regreso en su patria en 1815, se consagra exclusivamente a sus estudios artísticos; y en 1829 vuelve a Europa y pasa tres años en Inglaterra. Pero Nueva York le echaba de menos. Durante su ausencia le concede títulos, y a su vuelta le obliga a desempeñar una cátedra en que su hábil enseñanza sabe mezclar la literatura, la ciencia y las artes. Su fama es tal, que en toda América se le conoce con el título eminentemente honroso de Profesor. Aunque hacia ya tiempo que no profesaba, supimos su fallecimiento por un telegrama de Nueva York que anunciaba la muerte del « Profesor Morse. » Es un título de nobleza que conviene a los Estados democráticos. Solo la inteligencia puede darle y solo el hombre de inteligencia puede pretenderle y obtenerle.

Llegamos al momento decisivo de la existencia de Samuel Morse. En el otoño de 1832, se embarca en el Havre en el vapor *Sully*, y a bordo se encuentra con hombres de talento, entre ellos el capitán Marshall. La travesía es larga y da tiempo para hablar de todo. Se suscita la cuestión de los últimos descubrimientos sobre las corrientes electro-magnéticas.



SAMUEL MORSE.

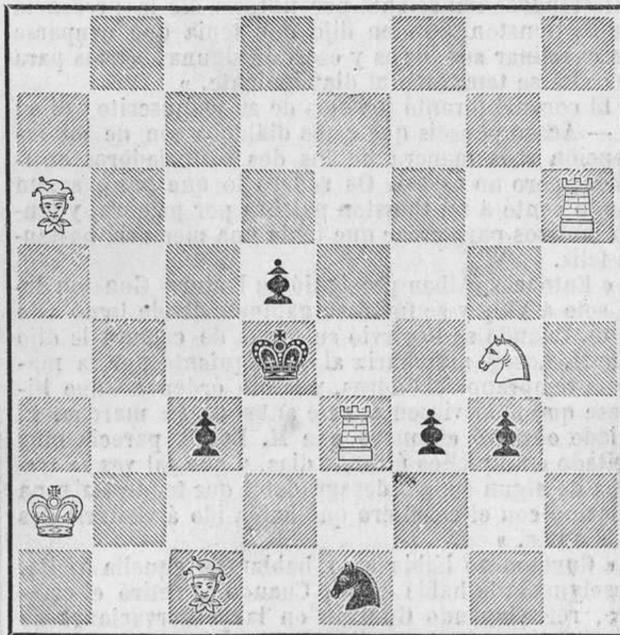
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 359.

- |   |                    |             |
|---|--------------------|-------------|
| 1 | A 5ª Rª            | A 7ª ARª    |
| 2 | A 3ª R             | ?           |
| 3 | C 1ª CR ó Rª 3ª CR | jaque-mate. |

PROBLEMA NÚMERO 360, POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Uno de los interlocutores dice a la ligera, que un día llegará en que esas corrientes vendrán a ser los más poderosos instrumentos del pensamiento humano, para lo cual es preciso empezar por crear el medio de transmisión. Morse se queda pensativo: como el gran geómetra siciliano, viene a encontrar por casualidad, lo que buscaba hacia más de cinco años.

Desde aquella hora, y a pesar de sus diversas ocupaciones, Samuel Morse no se entrega con ahínco sino a la construcción del aparato que debe llevar su nombre. Descontento de las primeras pruebas, abandona el camino trillado de los procedimientos químicos, y en 1835, obtiene resultados bastante importantes para comunicar su descubrimiento a la Academia de Nueva York. Las experiencias se multiplican en 1836 y de día en día se ensancha el círculo a los iniciados en el secreto.

La cuestión se zanjó bajo el punto de vista industrial, cuando el Congreso de los Estados Unidos en la legislatura de 1842-43, ordenó una experiencia decisiva en la gran vía férrea de Baltimore a Washington. El éxito fué completo. El telégrafo eléctrico funcionaba regularmente en 1844. Desde aquel día no cesaron los progresos. Primero América, y después Europa quisieron disfrutar los beneficios de esa invención que suprimía el espacio y el tiempo y como consecuencia forzosa hacia la vida más larga y cómoda.

Samuel Morse había llegado al término de sus luchas. Todas las compañías telegráficas que se formaban adoptaban sus aparatos, no obstante los perfeccionamientos introducidos en la transmisión eléctrica por el caballero Bonelli y otros. El sabio americano no tenía ya más que recoger los honores y riquezas que le llegaban de todas partes.

Sin embargo, no se desinteresó en las cosas del mundo, y sobre todo no creyó que la electricidad no tenía más secretos. Así fué que jamás cesó de trabajar. Contribuyó poderosamente a la creación de los telégrafos sub-marinos, y Cyrus Field que tuvo la honra de establecer el cable trasatlántico, venciendo dificultades de toda especie, encontró un gran apoyo en Morse.

En cuanto a los honores, nos concretaremos a decir que rivalizaron para prodigárselos la Inglaterra, la Francia y la América. En 1858, Samuel Morse quiso volver a Europa, y tanto en Londres como en París, fué recibido como uno de los grandes bienhechores de la humanidad. Pero todos estos triunfos son nada comparados con el que le reservaba Nueva York. El 10 de julio de 1871, descubrieron en Central-Park, la estatua erigida a Samuel Morse, lo que fué una fiesta pública. Solo en las repúblicas se sabe honrar así a los grandes ciudadanos. No olvidemos lo que acababa de pasar en Europa.

Debe mencionarse la última vez que el ilustre profesor se presentó en público. Era hace cuatro meses y se inauguraba en el square de Printing-House la estatua de Benjamin Franklin. Samuel Morse aprovechó la ocasión y pronunció un discurso haciendo un magnífico elogio del que ha robado el rayo a las nubes y le ha dirigido. Todos los que le escuchaban no podían menos de hacer comparaciones. Con efecto, puede decirse que la invención de Samuel Morse completa y acaba de utilizar el descubrimiento de Benjamin Franklin.

J. B.